

DOMINGO MELFI D.

EL HOMBRE Y
LA SOLEDAD EN LAS
TIERRAS MAGALLANICAS

EDICIONES ATENEA

OBRAS DEL AUTOR

Portales.—Ensayo, 1930.—(Agotado).

Dictadura y Mansedumbre.—Ensayo, 1931.—(Agotado).

Sin Brújula.—Ensayo, 1932.—(Agotado).

Pacífico-Atlántico.—Notas de viaje, 1934.—(Agotado).

Indecisión y Desengaño de la Juventud.—Ensayo, 1935.

El Congreso de Escritores de Buenos Aires.—Notas e imágenes, 1936.

Dos Hombres.—Portales y Lastarria.—Ensayo, 1937.

Panorama de las literaturas argentina y uruguaya. Ensayo, 1937.

Estudios de Literatura Chilena. 1.^a serie.—Ensayo, 1938.

DOMINGO MELFI D.

EL HOMBRE Y
LA SOLEDAD EN LAS
TIERRAS MAGALLANICAS

EDICIONES ATENEA

Aparte de las observaciones periodísticas que fueron remitidas y publicadas oportunamente, en correspondencias, en el diario «La Nación», al cual representaba en la comitiva presidencial que visitó las regiones magallánicas, en noviembre de 1939, el autor recogió otras de un tono más subjetivo y algunas anotaciones que, de ningún modo habrían podido utilizarse en un diario.

Esas notas y observaciones personales forman este breve volumen.

La región magallánica ha sido siempre para el autor, el laboratorio más formidable para la creación novelesca, por la impresionante grandeza del paisaje, por la variedad de tipos humanos salidos de todos los rincones del planeta, que allí se reunieron por una especie de misterioso designio, y por los dramas terribles que estallaron en aquellas soledades, no sólo entre los primitivos colonizadores y entre los que le siguieron más tarde, sino entre éstos y

la dura e implacable hostilidad de la naturaleza.

El proceso de la formación de grandes fortunas, especialmente en los lugares solitarios de clima inhospitalario, arrastra en su curso impetuoso, obscuras y violentas tragedias, rasgos inesperados de generosidad, delicadezas casi inverosímiles, avaricias sórdidas y brutales egoísmos. De todo este barro mezclado de oro como en los ríos y riachuelos fueguinos, está construída, en gran parte, la naturaleza humana.

La colonia penal del Fuerte Bulnes, y el crecimiento inusitado de Punta Arenas en medio de trágicos tormentos y luego la colonización misma de la región magallánica, forman entre los capítulos más dramáticos de la historia de América. El autor no pretende en ningún caso haber agotado la materia. El tema es vasto y complejo. Ha querido únicamente mostrar en algunas pinceladas rápidas, la fibra potente despiadada y contradictoria del hombre en la lucha tenaz contra las fuerzas desencadenadas de la naturaleza.

I PARTE

EL PAISAJE

Camino del archipiélago

Cuando se penetra a través del seno ancho y profundo de Reloncaví en demanda de las regiones australes, la sensación que se experimenta es la del descenso hacia una tierra sumergida. Por lo menos esa sospecha nos hiere misteriosamente en el corazón. Se diría que bajamos por una gradería labrada en escarpas invisibles para internarnos, luego, en las sendas de un valle martirizado por convulsiones telúricas.

Hemos penetrado en la región de las islas verdes y de los bifurcamientos inverosímiles. El valle central que se interrumpe bruscamente en Puerto Montt, parece extenderse hacia el sur, a lo largo de los anchos estuarios

y las profundas bahías que forman los canales. Chiloé, la Isla Grande, semeja un refugio en medio de las tormentas. Ha quedado allí como una lonja resistente, al modo de un bastión formidable. El costado oriental está dentado, maltrecho, cubierto con la escoria de los sacudimientos geológicos. Pero el paisaje, idílico y luminoso, no obstante la humedad que flota sobre la atmósfera, contrasta con esta sensación de acabamiento de la tierra que produce en el ánimo el sendero innumerable de los canales. Unas montañas bajas y redondeadas que se yerguen hacia el occidente, semejantes a vértebras monstruosas, recuerdan los cordones de cerros de la cordillera de la costa que hemos dejado dormidos a todo lo largo del valle central. Sus líneas y hondonadas son idénticas a las de tierra firme y el cordón nevado de la cordillera de los Andes se estira también por el oriente, en la misma sucesión de cadenas decoradas por los picos enhiestos de los volcanes.

Bordeamos el canal Apiao, Lemuy, la punta Centinela y penetramos en el golfo de Corcovado. El canal de Guafo, en el cual

está recostada la isla baja, húmeda, negra, que le da nombre, cubierta de cendales de bruma, sombría e impresionante, abre a nuestra vista la ancha y misteriosa perspectiva del Pacífico. Pero nosotros no entraremos en la llanura movable del mar, no iremos costeando los acantilados abruptos de la ribera sinuosa y tormentosa. Llevamos otro derrotero, por el interior de los canales, hacia las tierras y mares nebulosos y fríos del sur

Las islas del archipiélago de Chiloé se ofrecen en la mágica expresión de sus panoramas verdes. El mar que las ciñe es calmo y casi humano. Las embarcaciones entran o se alejan de las caletas, doblan seguras los cabos y puntas, se internan en los laberintos de los canales y realizan el tráfico de productos entre los poblados de las costas. Hay casas y templos en la ribera de las islas, tierras sembradas, melgas de papas, árboles y chozas. Lanchas de pescadores cabecean, amarradas en los pontones negros de las ensenadas. Algunos caseríos levantan su amontonamiento de viviendas, blancas y rojas, agarrados a las peñas. Humos lánguidos flotan en la calma

del aire. La vida está en todas partes y el hombre es el dueño de esas regiones. El mar de los canales chilotes no impresiona ni sobrecoge, con la adusta sospecha del mar patagónico.

Vive en las islas una población semiabandonada entre el verdor maravilloso de los paisajes y las inmensas ensenadas sembradas, aquí y allá, de restos de naufragios. Los vientos tormentosos del invierno que aullan en el extremo de los promontorios, soplan su furia sobre las costas y destrazan las embarcaciones de los pescadores. Allí quedan con sus cuadernas como osamentas de animales marinos y sus palos como brazos maldicientes, estirados hacia lo alto.

En los bosques de alerce o de mañiu, del interior, se enreda una población misérrima que no posee medios para explotar las grandes extensiones boscosas. Otros hombres han cumplido esa labor y han dejado apenas la huella rojiza sobre la tierra húmeda. Al chilote le ha quedado la belleza de los campos, la diafanidad del cielo, cuando el tiempo es favorable, las lluvias incesantes, las espumas

altas y movibles del mar que bate a lo lejos, su ira implacable y los cultivos de papas, la pesca y la caza de lobos.

Son innumerables los pobladores que emigraron hacia Patagonia o Tierra del Fuego o bien hacia las regiones de las colonias alemanas del continente; incontables los que desaparecieron en los bosques, sepultados por las tempestades; o los que se hundieron con sus embarcaciones en los canales y muchos los que huyeron de la miseria sin que nunca hayan vuelto a su tierra nativa.

Sobre las tierras fértiles y sobre las tierras en que crecen las supersticiones, pasan a menudo, ráfagas quemantes de explotación que no dejan sino las cenizas de los esfuerzos para arrancarles las fáciles riquezas y en sus pobladores una desesperanza resignada y fatalista. Existieron en otro tiempo en Chiloé, grandes posibilidades de explotación industrial; pero la capital permaneció sorda, como es de rigor, al clamor de aquellas regiones. Unos extranjeros esforzados y algunos hombres audaces venidos del centro del país, formaron compañías de explotación y establecie-

ron aserraderos, para aprovechar las inmensas reservas de rica madera de que estaban formados sus bosques. Había en abundancia: alerce, mañiu, ciprés, roble, coihue, pero la pobreza proverbial de los hombres de esas tierras, apenas si había podido concretarse en la extracción de pequeñas cargas de leña para el uso familiar. No había sendas ni caminos, sino huellas torcidas e inaccesibles. Los hombres de la costa se dedicaban a la caza de nutria y lobos. Por una piel de esos animales recibían una piltrafa y, a cambio de los productos agrícolas que cultivaban con penoso esfuerzo, pagos mezquinos que apenas les bastaban para subsistir. La gran riqueza de la madera se iba toda hacia otras latitudes.

Las enormes distancias entre las islas y los centros poblados y ricos del territorio, la falta casi absoluta de buenas comunicaciones y el abandono en que yacía, la población, sin esperanza, años de años, fijó la psicología fatal del aislamiento y entregó a la errancia el espíritu desconfiado de esas gentes. El chilote sorteó tormentas y huracanes con la misma energía somnolienta del alacalufe.

Negoció como pudo sus productos de pesca y cacería con los comerciantes astutos que acudían de otras regiones del centro y entregó por un mendrugo de dinero, especies cuyo subido valor podía aquilatarse, más tarde, en las transacciones que se hacían en los centros comerciales y en las ferias de las ciudades ricas. En ciertas épocas del año salían de las costas chilotas, columnas de pobladores que se dirigían con sus sacos al hombro hacia tierras más generosas. El chilote es fuerte, incansable para el trabajo. No es raro que los colonizadores de Tierra del Fuego, los colonos alemanes y los estancieros de Santa Cruz y Río Gallegos, lo prefirieran a otros elementos y le entregaran la responsabilidad de las más duras faenas. La emigración, forzada por la condición precaria económica de las islas, despobló tierras que aun permanecen casi vírgenes, y que están sembradas de pantanos insalvables y cubiertas de troncos de árboles que obstruyen todas las sendas.

En las exploraciones de las selvas interiores del archipiélago, los nativos guiaron la marcha de los hombres de ciencia. Una agi-

lidad y una destreza pasmosas, unidas a un vigor físico potente, fueron las virtudes de esta raza de navegantes y de aventureros. Para ellos no había paso difícil ni cerrazón obstinada de los bosques. Abrían a machetazos el camino por el cual debía irrumpir la ciencia, derribando los árboles; remontaban el curso torrencioso de los ríos patagónicos y llevaban a hombros las lanchas, cuando la corriente les impedía tercamente el avance. En sus dalcas frágiles, se internaron por entre las abras, descubriendo pasos y desfiladeros líquidos cuya sola presencia sobrecogía el corazón del más fuerte. Para ellos todo era posible y fácil puesto que la infancia fué un continuo mecerse sobre los bongos y la adolescencia, un vagar incesante entre los bosques y un reconocimiento continuo de las sendas inextricables entre espesos matorrales de chilcos y tepúes.

La cabeza monstruosa del centralismo dejó, indolente, debilitarse esas energías sin afianzarlas en el dominio de la tierra que es lo único que, a un pueblo aventurero o cazador o pescador, le impide dispersarse en la erran-

cia continua y agotadora. Los latifundistas agruparon inmensas extensiones de tierras en sus manos y dejaron dentro de ellas extensiones fantásticas sin cultivo alguno... El pueblo, famélico, entre tanto, desgastaba sus energías en menesteres de escaso rendimiento. A través de las tierras incultivadas, desfilaban los cazadores, los hombres errantes que buscaban su alimento, piltrafas humanas que pasaban con su saquito a la espalda, se asomaban a las ensenadas o seguían el curso de los ríos para llegar a las desembocaduras, desde donde abandonaban para siempre la tierra de sus antepasados.

El puño crispado de los cerros

A pesar de las tormentas, el mar de estas islas, es como decimos, un mar casi humano. Las riberas están pobladas. Hay en ellas aldeas, caseríos y hacinamientos de chozas de pescadores. Algunos establecimientos industriales yerguen sus chimeneas y ciertas poblaciones de casas rojas y blancas impresionan con una visión de pequeñas ciudades eu-

ropeas. La vida extiende sus manos pródigas, pues en donde hay comunidad y el hombre comercia en sus embarcaciones, palpita la sensación de la vida acogedora. En el anochecer la lumbre de los caseríos enciende sus mil luminarias sobre el oscuro espesor de la inmensidad. A veces resuenan voces en la orilla que el viento desfleca y arrastra entre sus alas ondeantes. Ladran los perros al barco que se desliza en silencio. Ladran a la noche o a los fantasmas que pueblan las soledades. Deben rondar por allí cerca, los moradores de la superstición: el «Thrauco» (1) que se desprende de los murtales con su hachita de piedra o bien la «Fiura» (2) que remueve los «thraiguenes» y salta como una llama encarnada hacia las orillas.

Pero hemos penetrado ya en el Canal de Moraleda y comienza a mostrarse el puño crispado de los cerros patagónicos. Empieza la soledad, el desierto líquido, la región

(1) Brujo de las leyendas y mitos de Chiloé. Tiene forma de hombre y lleva un hachita con la que da fuertes golpes en los árboles.

(2) Hembra del Thrauco. Viste de colorado y usa larga cabellera que acostumbra bañar en los thraiguenes.

adusta de ese valle central, de aguas alborotadas y de vientos afilados como agujas de nieve. Ya no tendremos otra compañía que el silencio ni otra perspectiva que la de un vasto laberinto de islas y canales que se bifurcan como las venas de un gigantesco cuerpo despedazado. Las nieblas viajarán por delante de nosotros, cruzarán los cielos tempestuosos o encapucharán con obscuras cortinas las puntas de los picos nevados. Hemos penetrado en la región de los contrastes; en la región de los días sombríos y de las noches profundas, de las tardes luminosas de sol, de los ventisqueros impresionantes y de las calmas insoportables; en la región de los horizontes diáfanos y de los mares borrascosos.

La naturaleza sobre los canales patagónicos, es, en gran parte, agria y hostil. Se yergue en el sospechoso y agazapado perfil de sus cerros duros y pelados que parecen levantarse después de un cataclismo telúrico, destrozados e hirvientes de enconos.

El sol fulge, a ratos, como un dardo de oro por entre los desgarrones de nubes sobre

los picos nevados y se diría que la luz pulveriza la nieve y le arranca esquirlas luminosas que se deshacen en el azul. Pero luego, la niebla, vuelve a cerrar los horizontes altos e inaccesibles y arrebuja en pesados cendales de bruma, los cabos grises, los golfos desiertos, las abras y ensenadas, las islas y el verde agresivo de los follajes coriáceos.

El agua es turbia, profunda, insondable. Una emoción sucede a otra. Detrás de un canal se extiende otro, detrás de las islas aparecen otras islas. Las cadenas de cerros nos siguen o se muestran como manadas de elefantes. Levantan sus lomos roñosos sobre los cuales la nieve resbala en largas estrías. O bien la piel se reviste como de un pelaje hirsuto y apretado: son los bosques que se agarran a las faldas, bosques de un verde oscuro, o de un verde de algas, casi metálico.

La nieve baja, en ocasiones, hasta el borde mismo del agua, en una ancha cinta. Es tan pura como una piel virgen, pero es tan blanca que no hay término de comparación con lo más blanco que haya creado la naturaleza.

La soledad es palpable, tangible. Es la soledad del primer día de la vida. Una soledad espesa y taciturna, vigilante y petrificada. Está hecha de espectación, de fiereza. Desciende desde las cumbres blancas, impregnada de claridad o de humedad o brota, del fondo de los matorrales de las islas. El corazón late apresurado y el espíritu dialoga, inútilmente, con este mundo deshabitado que nos estrecha entre sus riberas inmóviles y abruptas. Un mundo sin humanidad, una zona arrojada desde no sabemos que astro desconocido, desgarrada y acribillada, hecha fragmentos, aportillada por colosales instrumentos de hierro...

Delante de nosotros el horizonte se enfosquece, gruñe en su sombrío silencio de agua y piedra, bosques y neblinas. Cierra como un puño crispado sus vértebras de rocas y parece empecinado en impedir el paso a todo ser viviente. De pronto, todo aquel hacinaamiento de cerros y escarpas filudas se ensancha en una explanada líquida, se vierte en la tranquila presencia de otro canal interminable, ceñido por cerros boscosos o lisos, estrechado

entre cordones de colinas grises, verdes o blancas.

Por detrás de esas primeras cadenas de montes, se enderezan los agudos conos de nieve sobre cuyas faldas las nieblas se agazapan al modo de monstruos mitológicos. Cuando volvemos la vista para examinar el camino recorrido, vemos el horizonte apretado, endurecido por un cielo bajo y pesado de nubes. La estela del barco en el agua es ancha, parece de metal derretido. Impresiona como una huella sobre una superficie dura. La estela permanece, subsiste, se fija en el cristal de plomo, no se borra sino después de mucho tiempo.

Volvemos hacia la proa. El camino se oprime de nuevo para abrirse, más tarde, en dos bastiones paralelos, entre los cuales avanzamos lentamente. Cuando por fin esta estrecha garganta de agua, se derrama en un nuevo y vasto golfo que circundan en la lejanía cordones de cerros plumizos, surgen delante de nosotros los glaciares que desembocan, vertiginosos, sobre el mar. Anchos y blancos, bajan petrificados hasta el borde del canal. Están

allí, desde hace siglos, en la muerta inmovilidad de su destino. Un golpe de sol, sorpresivo e inesperado, les infunde, por un instante, una vida milagrosa. Se llenan de fisuras azules, de grietas hondas y luminosas y se diría que sobre ellos ha descendido el gozo de una secreta voluptuosidad.

Estos anchos torrentes congelados semejan, vistos a distancia, senderos de espumas o de algodón, oprimidos por cadenas de cerros enjutos que custodian el sueño blanco, la petrificada soledad blanca.

Los témpanos

Algunos trozos de hielo se desprenden de esta masa gigante y vuelcan sobre la superficie un hervidero de olas. Echan a bogar sin destino, deshaciéndose un poco en cada hora, pero tan imperceptiblemente que su espesor apenas si disminuye. El agua esculpe en ellos, lenta y docta, figuras casi humanas, signos extraños, actitudes sorprendentes. Son innumerables, unos más grandes que otros, unos más antiguos que otros. Unas veces simulan

castillejos de hadas, otras son delfines o cisnes enormes o, bien, pequeñas barcas ágiles y blancas que se deslizan impulsadas por el viento. El agua tenaz les va pulimentando los bordes, suavizando sus aristas, lamiendo los senos y los flancos, alivianándolos, en fin, hasta convertirlos en los fantasmas de un mundo quimérico. Impresionan como si fueran los testimonios de una edad desaparecida. Este mundo fragmentado y blanco que se mueve sobre el agua verdosa no tiene expresión alguna de vida. Nada palpita allí de acogedor. Sólo la helada sensación de lo inerte, el sueño congelado, la paralización total de la sangre. Una inmensa necrópolis movable, estremecida por un hervor subterráneo. No podrían vivir allí sino los fantasmas que la imaginación acumula o crea, sobresaltada, en los lugares más inhospitalarios del planeta.

Los pequeños témpanos viajan, cuneándose, al amor de los suaves oleajes. Pero la luz crepuscular los impregna de coloraciones y matices fantásticos. Se vuelven translúcidos, livianos, frágiles. Cuando el sol los descubre en su camino, se encienden en ellos o, a través

de sus blancas paredes los tonos de luz más prodigiosos que puede concebir la imaginación. Vibran lentos en la combustión deleitosa del color. El rojo es como la sangre pálida de los organismos anémicos; un rosa de desazón, de debilidad extrema, fino y evanescente. El verde diáfano recuerda el renuevo de los helechos. El amarillo es como el oro derretido. El azul es el espejo quieto de los remansos en el estío. O bien una turquesa viva. Balancean su muerte inevitable en la irisación de la luz. Algunos son como grumos de nieve transida de rubor. Los más pequeños, los que son más fácilmente llevados hasta la ribera de las islas, simulan una bandada de patos que se persiguen junto a los bosques de la orilla.

Una tarde vimos detrás del ventisquero de San Rafael, en las inmediaciones del Istmo de Ofqui, un cono nevado que ardía al sol, cubierto de oro. La falda del monte parecía bañada de sangre. Hacia abajo corría, endurecido, el torrente de hielo. Aquel cono se levantaba sobre el cielo azul, a esa hora, al modo de un centinela gallardo y prepo-

tente. Perfilaba su arista luminosa y de ella se desprendía un vaho que llenaba de claridad el río de los Témpanos por el cual navegábamos lentamente. Volvimos a doblar la punta del Leopardo, montuosa y larga como un pez espada, cruzamos el paso hirviente de Quetzauet y embocamos de nuevo en el Canal de Elefantes.

La noche en la soledad

La noche estaba ya encima de nosotros. Había surgido lenta y como agazapada también en el largo crepúsculo austral. Brotaba de los acantilados, de los bosques apretados y oscuros, del sumergido silencio de las islas, del fondo impenetrable del agua. Una noche helada y negra. Las estrellas brillaban bajas, cercanas al mundo deshabitado de los canales. La noche del sur cargada de grandes astros, fría y estremecida de presagios. En vano buscábamos una luz en el espesor de aquellas masas de cerros que se sumergían en el océano negro de la atmósfera. Ni una luz, ni una leve inquietud humana. Nada señalaba allí

la vida en agitación, como no fuera el chapoteo del agua en los costados del barco. Nada fulgía en las orillas que se borraban despacio y de las cuales apenas podíamos distinguir la masa más negra de los árboles, desvanecida, luego también, en el hondor definitivo de la negrura. Queríamos sentir la intimidad que se desprende, aun presentida a la distancia, de una choza en la que palpita una pequeña lumbre, encendida para disipar las sombras envolventes y para acercar a los moradores en la misma tibieza del común desamparo. Se obstinaba en el corazón esta imperiosa necesidad de calmar nuestra ansiedad de vida humana en esas espantables soledades. Una brizna siquiera de presencia humana. Un paso o una sombra detrás de una ventana iluminada... Porque no podíamos concebir que existiera una región de nuestro territorio en tal y tan dramático abandono. Y sin embargo, allí viven la soledad y el silencio, definitivos.

En los faros automáticos que señalan las rutas y permiten a los barcos sortear los bancos fatales y los pasos peligrosos, colocados

en los montículos de la ribera, tampoco se sentía la presencia del hombre. Se yerguen como diminutos torreones parecidos a los peones del ajedrez, pintados de blanco, a lo largo de los canales. Pestañean isócronos, en pausas rítmicas, cada cierto número de segundos, mediante la técnica de un sabio mecanismo. Señalan el camino y no abrigan, por cierto, como otros faros, en su interior, el más mínimo latido humano. Estan allí abandonados, como los matorroles, como los cipreses, como los robles, como los petreles que rozan con sus vuelos rápidos las cimas peladas de los cerros.

Nunca hemos sentido con más violencia en el corazón, la profunda soledad de la noche sobre el mar. Noche opresora extendida hacia lo remoto e indeterminado. Noche abrumada de astros centelleantes y de sombras hirsutas. Por esas zonas han cruzado todos sin detenerse, han desfilado hombres de todas las razas y de todos los temperamentos sin dejar vestigio alguno de su paso. La estela de los barcos se borra y solo surgen a distancia, cada cierto tiempo, cascos agujereados, restos

de negras chimeneas, que evocan la dramática angustia de los náufragos en esos parajes solitarios. Se aplasta sobre este mundo la sensación del más brutal desamparo. Nuestro barco estuvo allí, una noche, detenido en una ensenada ancha y tranquila, esperando las primeras luces del amanecer para reanudar su marcha. Sobre la cubierta sentimos caer el voraz silencio, la llovizna interminable de la soledad que se desprendía de las estrellas y brotaba en anchas bocanadas, desde las orillas. Las luces del barco ondulaban en el agua, penetraban como espirales de oro y a pocos pasos, hacia los lados, se condensaba el negro más negro de la naturaleza.

Evocamos la noche de los navegantes primeros que cruzaron estas soledades sin saber a qué destino les llevaba el rumbo contradictorio de los vientos feroces. Ladrillero y Sarmiento de Gamboa, debieron recoger sus velas al amparo de estas ensenadas, insidiosas entonces, para orientar la angustia de sus corazones de aventureros. Hombres gigantes, almas endurecidas por las largas navegaciones debieron soportar penurias infinitas

y terrores cósmicos. ¿Qué había detrás de esos golfos, de las islas sobrecogidas cuyo interior desconocían, en el fondo de los bosques espesos que cerraban la mirada a toda esperanza; detrás de las abras y los desfiladeros innumerables? ¿Qué seres monstruosos o tribus crueles les saldrían al paso desde la boca de los surgideros o de detrás de los promontorios negros que se perfilaban a la distancia y por delante de los cuales les era imprescindible pasar?

Era necesario tener dentro del pecho un corazón sólido, capaz de soportar sin romperse, el suplicio forzado de la soledad, mil veces más agotador que el más refinado de los tormentos. Era preciso ser dueño de una voluntad acerada y tensa, firme como las rocas de los mares que surcaban, a prueba de desalientos y vacilaciones, dispuesta a afrontar no sólo la arremetida de los elementos desencadenados de la naturaleza que se descargaban sobre sus frágiles navíos, sino las rencorosas tormentas que estallaban a bordo, encabezadas por los descontentos, por los ambiciosos, por los oscuros capitanes levantis-

cos a los cuales mordía la fiebre del oro e impulsaba también, al crimen, la misma desesperación que provoca la soledad prolongada... Era necesario soportar con el alma enhiesta, durante muchos días la pesadumbre de las vastas soledades esféricas del cielo y del mar y por las noches, interminables, los cielos de tinta cuyas estrellas movibles salpicaban de espumas la ira tumultuosa de las olas.

Estos canales estaban llenos de sorpresas, de escollos invisibles, de bancos mortales, de arrecifes cuya posición era enteramente desconocida. Y han sido necesarios muchos estudios y muchas expediciones científicas para señalar los puntos exactos en que el barco debe desviar su ruta a fin de salvar las cargas humanas que lleva a bordo. Desde Ladrillero, Cortés Ojea, Sarmiento de Gamboa, Moraleda y otros; desde los capitanes ingleses de las expediciones corsarias hasta los oficiales de nuestra marina que han realizado largos cruceros por estos mares, estudiando minuciosamente los peligros y descubriendo nuevos pasos, han mediado siglos de esfuerzo y de paciencia. Los primeros exploradores fueron

gigantescos hombres de empresa. Los corsarios ingleses, franceses y holandeses junto con sus depredaciones y piraterías, ampliaron el dominio de los derroteros en los mares del sur. Abrieron brechas y sendas nuevas y trazaron cartas geográficas, muchas de las cuales hoy mismo no han sido rectificadas.

Los oficiales chilenos, han realizado trabajos ímprobos en los laberintos patagónicos, marcando todas las zonas, ensenadas, montes, abras, desfiladeros, gargantas, islas y ventisqueros que llenan esas inextrincables regiones. A ellos se debe el más completo y profundo estudio hidrográfico que poseemos y muchos de esos marinos perdieron la vida en los traidores arrecifes que las mareas ocultaban a la ruta de los barcos exploradores.

Así evocábamos, en la noche negra, el rápido recuento de tantas hazañas cumplidas en estos mares solitarios. Sarmiento de Gamboa, en los canales del extremo sur, al cruzar el Estrecho de Magallanes, fué sorprendido por terribles borrascas. Cuando más tarde hizo el relato de su expedición, recordó los vientos huracanados y dijo gráficamente que «le pa-

recía que todos los elementos andaban hechos un ovillo». Esta era por cierto la expresión más exacta. Toda la naturaleza, montes, aguas, árboles, nubes y cielo se crispan y se revuelven para dar la sensación de un ovillo que rueda sobre el paisaje y arrastra todo a su paso con furia indescriptible.

El gozo de la luz

Pero hay también en estos parajes, los días claros, los días espléndidos. Cuando el sol recobra su dominio, la naturaleza recobra, a su vez, su noble fantasía, su ritmo de plenitud. Parece otro el paisaje, otra la configuración de los contornos que envuelve el agua. El horizonte se ensancha, se llena de pasión y de ternura. El sol enciende la soledad y le comunica un esplendor irreal. Las islas se levantan como jardines y parecen también dominadas por la alegría frenética de la luz. El agua fulge al modo de un diamante. Se embriaga de irisaciones, de matices sutiles. El agua se dobla fina y lánguida, se entrega a esta voluptuosidad de posesión, rendida, pe-

netrada por las fibras impalpables de oro que el sol siembra desde lo alto. Es un estremecimiento de venas ardientes y delgadas, como los hilos que teje la araña. Suben y bajan desde el fondo de los canales transparentes hasta el verde, ahora tierno, de los árboles.

El agua se encalma prodigiosa de sueños, se extiende tersa igual que una lámina. El espesor de los bosques que se precipitan sobre la ribera tamiza su vaho de algas sobre el liso cristal. No se sabe si el cristal es azul o es verde, tan intangible es la compenetración de un color en otro. Al fondo de las abras, en las lejanías, entre dos cadenas de cerros, la luz vibra transparente, suave, semejante a una gasa de lino celeste. Unos tras otros se suceden, tan pronto por delante o a nuestro costado, islas de esmeralda y canales azules. Los caños más estrechos se internan entre los cerros boscosos y abren lagos en reposo, turquesas inmóviles, que recuerdan las lagunas dormidas entre los árboles, en las siestas del valle central.

El viento, entre tanto, está detenido. Enredado en los árboles o recostado en las ri-

beras, adormecido en el sortilegio de esa placidez de acuario. Ni murmullos ni despezamientos entre las frondas o entre los cordajes del navío. Obediente al milagro del sol que todo lo diviniza y corrige, el viento se recoge en sí mismo y se encalma.

Al paso del barco, el agua ondula sin romperse. Aleja sus olas como si fueran una masa de hule y las desvanece suavemente en las orillas. Hilachas de agua espumosa caen desde lo alto de los cerros al canal. Miradas a la distancia parecen inmóviles, tal que si se hubieran detenido, congeladas. Pero a medida que nos acercamos, su rumor de cascada enciende la sensación de la vida. Es la vida única que vibra en medio de ese silencio azul y verde de la naturaleza. La luz está limpia, liviana. Parece formada por la nieve más pura, por el verde más tierno y por el azul más diáfano. Una luz sin estremecimientos, como aposentada entre el cielo y la tierra. La nieve que corona los picos agudos, resplandece blanca y cegadora. Un blanco tan luminoso y a la vez tan inexistente como un sueño.

Las cresterías de los cerros recortan en el azul su dramática y enrojecida agresividad. Las faldas descienden cubiertas de escoriaduras; de grietas y cicatrices profundas en las cuales, la luz enciende reflejos metálicos y arranca esquirlas que saltan como chispas de colores. Toda la inmensa landa de agua y de cerros, de nieve y de bosques, absorbe el milagro, se rinde al amor de esta sensación infinita y poderosa en que todo se aliviana de sus escorias, de sus tragedias telúricas, de sus colores sombríos, de sus venas hinchadas de rencor. El paisaje está pleno de gravidez luminosa. No hay sino quietud, quietud definitiva e imprevista. La vida fluye lenta y su palpitación es suave como el latido de un corazón, que golpea sin premura ni cansancio. No sabríamos forjar nada superior a esta realidad esplendorosa y liviana. No sentimos la ausencia del hombre, por una especie de contradicción extraña, que hace que lo echemos de menos en los lugares abruptos y trágicos, entre las tormentas y los vientos y no en este remanso de serenidad inexplicable, en esta zona que parece divinizada por el sol, y

en la que los seres humanos podrían vivir como en un paraíso.

Pero no es posible a nadie vivir en estos lugares. Sus tierras son duras y estériles y los vientos chafan todas las yerbas y pulverizan todos los sueños y esperanzas. Nada crece en esta piel dura; no hay siembras que prosperen, ni árboles que den frutos. La nieve quema los brotes amigos del hombre y los troncos se desgajan en cuanto salen de la zona accidentada en que les tocó crecer y vivir. El viento barre, inclemente, la costa de los faldeos y durante días y noches, sopla, incansable, achaparrando las copas resistentes de los arbustos. Ni pájaros ni nidos. La intimidad está proscrita, porque ella es el fruto de la comunidad y del esfuerzo de los hombres reunidos. El pájaro sólo se habitúa en los sitios en que el hombre está cerca. Aunque el hombre sea un ser cruel, el pájaro le busca para seguir sus pasos y para hacerle plácida la vida.

Pero hay las hoscas aves carniceras que rondan en amplios vuelos zahareños, de alas poderosas, de pecho robusto, grises como

fragmentos desprendidos de los cerros, de ojos avizores, rápidas y seguras en sus vuelos. Estas aves dominan la inmensidad. Están hechas para las tormentas, para desafiar los vientos aullantes y persistentes y, a veces, en una ráfaga se equilibran y ruedan lejos, arrastradas por el impulso violento del huracán. Pero no acobardan, porque sus patas son resistentes y sus alas anchas y fuertes, semejan remos. Vuelven una vez más a cabalgar sobre los lomos del viento y así viven su vida, ágiles y dueñas de la soledad. Su corvo pico de rapiña acometió ya en otros tiempos, a los infelices ahorcados por los piratas en las orillas de los canales. Un golpe certero a los ojos y el hueco sangrante quedaba allí como la muestra de la ferocidad del rapaz. A veces, con un envión recto y veloz, toda el ave parece una flecha en movimiento ..

Alacalufes

Los primeros alacalufes que hemos encontrado en nuestro camino, se desprenden de una pequeña isla verde, en las cercanías de la

bahía desolada de Puerto Bueno. Bogan lentamente hacia nosotros en una piragua tosca formada por dos trozos de gruesa corteza. Son tres tripulantes: dos hombres jóvenes y un viejo que maneja el timón. Rostros tristes, con marcado perfil mongólico. Visten andrajos y sus ojos inexpresivos miran con impasible lentitud a los blancos que se inclinan para observarlos. Nos producen una impresión penosa, de lástima. Son ellos los restos de una raza que afrontó en otro tiempo, en los canales, las más temerarias empresas. Ellos fueron los señores de esas regiones y recorrieron, como aun lo hacen hoy, distancias fantásticas en sus bongos o canoas en los cuales llevan su alimento, sus perros, el fogón siempre encendido y los utensilios de pesca. La canoa es el hogar y el refugio del alacalufe.

Estos indios estan marcados por la lepra de la civilización, si así pudiéramos expresarnos. Esta lepra es el alcohol y las enfermedades que, a través de contactos subrepticios, les han inculcado los blancos, cazadores de lobos. A pesar de que son recelosos y

desconfiados y temen al hombre del continente, se acercan a los costados de todos los barcos que cruzan esos canales para pedir ropas, cigarrillos y aguardiente. Especialmente el aguardiente y otras bebidas fuertes les agradan sobremanera. Los alacalufes conocen minuciosamente los laberintos de los canales que surcan en sus piraguas, aventurándose hasta los más remotos lugares. Saben en qué sitio se encuentra la mejor caza y en determinados períodos del año, en la primavera, por lo general, abandonan las regiones en que habitualmente residen y se lanzan sorteando los huracanes y los vientos en sus frágiles embarcaciones. Viven largo tiempo, perdidos en las islas inhospitalarias alimentándose de mariscos y de algunas aves. Salen al mar libre en sus débiles cascarones con una vela sucia y cuadrada que el viento hincha al modo de una pústula. Los vimos una tarde de viento sortear el oleaje alborotado que levantaba y sepultaba entre los tumbos, en las cercanías del Golfo de Penas, su pequeña canoa. Impresionaba la indiferencia de esos seres, físicamente fuertes aún, semejantes a figuras

de barro, inclinados sobre la embarcación, y que se dirigían hacia no sabíamos qué sitio desamparado de las costas.

Los blancos, comerciantes en pieles, supieron aprovechar la indiferencia de los alacalufes en punto a dinero. Los impulsaron al trueque de las pieles que ellos acumulaban en meses de caza, por una botella de aguardiente o un puñado de tabaco. En ocasiones, les daban algunas ropillas viejas con las cuales se cubrían el cuerpo desnudo. En los primeros tiempos, cuando era posible la cacería de animales en esas regiones se fabricaban con la piel de guanaco una especie de capa o se enrollaban en la cintura un trozo del mismo cuero. Pero luego la caza fué haciéndose cada vez más precaria.

El blanco astuto disputó también al alacalufe, en los mismos sitios en que las nutrias tenían sus escondrijos, el derecho a ser ellos los primeros en aprovechar las pieles. Muchas veces las balas de los Winchester, perforaron el pecho de los infelices indios, cuyos cuerpos eran luego arrojados al fondo de los canales o bien, abandonados allí entre los

arbustos para que fueran pasto de las aves carniceras. Nadie descubriría jamás esos restos humanos, que, por lo demás, no pertenecían a hombres de raza blanca. Para justificar estas depredaciones sanguinarias, se dijo que los alacalufes eran antropófagos y que en donde encontraban a un blanco lo atacaban.

En Puerto Edén, algunos pescadores que viven cerca de la estación radiotelefónica del antiguo servicio aéreo, entre Puerto Montt y Punta Arenas, y que visitamos una tarde, nos contaron algunos pormenores de aquellos indígenas. Dijeron que había algunas indias alacalufes, de atrayente figura que servían a la lascivia de los cazadores. Estas indias merodean en los bosques ribereños de las islas. Algunos chilotes o gente de otras regiones, se internan en aquellas zonas inaccesibles, levantan sus tiendas y permanecen allí, solitarios, durante algunos meses entregados a la pesca y a la cacería de lobos y nutrias. Cuando encuentran una india le ofrecen licores fuertes, las embriagan y luego, violentamente, las tumban sobre la tierra.

Agregaron aquellos pescadores que muchas de esas indias enfermaron de dolencias para ellas desconocidas. Enfermedades de la civilización que se recogen en los lupanares de los puertos. Las indias terminaron por habituarse a este contacto y algunas vagaban por los desiertos isleños en busca del excitante alcohólico. Habían aprendido ya el arte de la prostitución en plena naturaleza. En Punta Arenas, según dijeron, vivía como pupila en una casa, una de estas indias alacalufes. Morena, de crenchas largas y renegridas, de ojos vivos, con un rostro muy simpático, hacía su comercio sin recordar ya el mundo primitivo y agreste de los antepasados, cuya extinción era cada vez más notoria.

El relato del comodoro Byron

John Byron formaba parte, como oficial, de la tripulación de la barca *Wager*, de la escuadra de Lord Anson que naufragó en 1741, en las cercanías del Golfo de Penas. Su relato patético describe las penurias infinitas y terribles que padecieron en las islas

abandonadas del archipiélago de Guayeneco y su encuentro con los alacalufes. Ocurría esto, en mayo de ese año, es decir, casi dos siglos atrás, cuando esos indios no habían sido exterminados y vivían como dueños absolutos de aquellas regiones. Una mañana en que Byron y sus compañeros se encontraban entregados a la faena de salvar un bote de entre los restos del barco hundido, vieron aparecer tres canoas tripuladas por indios. La pupila penetrante del comodoro, observó con singular precisión a los recién llegados y en su relato dejó algunas páginas que creemos de importancia transcribir.

«Pasó un tiempo— dice—antes de que lográsemos que desecharan sus temores y se acercaran a nosotros, a lo que al fin se resolvieron, en vista de las señales de amistad que les hicimos y del ofrecimiento de algunos objetos que aceptaron, dejándose conducir donde el capitán que les hizo también algunos presentes. Quedaron extrañamente sorprendidos de su novedad, pero el asombro fué mayor cuando les presentamos un espejo: el que lo tenía no podía concebir que fuera su propia

cara la que se reproducía, sino la de otro individuo, a quien se puso a buscar dando vueltas detrás del espejo.

«Estos individuos eran de baja estatura, muy morenos y llevaban largos cabellos negros muy tiesos, que les colgaban a lo largo de la cara. Por su gran sorpresa y por todas sus maneras, era evidente que no sólo no tenían en su poder cosa alguna que procediese de los blancos sino que jamás habían visto tal raza. Su vestido consiste únicamente en un pedazo de piel de algún animal que les cubría la cintura y en una especie de tejido de plumas sobre los hombros. Y como no proferían palabra alguna de cualquier idioma que hubiesen oído antes, ni tenían ningún método para hacerse entender, presumimos que no podían haber tenido jamás trato con europeos. Estos salvajes, que al irse nos dejaron algunos mariscos, regresaron a los dos días, trayendo consigo unas tres ovejas. Es difícil darse cuenta cómo se procuraron estos animales en una parte del mundo tan distante de toda colonia española, aislados de toda comunicación con los españoles, por una costa

inaccesible y un territorio estéril. Lo que hay de cierto es que no volvimos a ver animales de esa especie, ni oímos hablar de ellos desde el Estrecho de Magallanes hasta las inmediaciones de Chiloé; es probable que por algún extraño accidente cayeran en poder de los salvajes, cosa que nunca pudimos saber de éstos. En esta entrevista trocamos con ellos uno o dos perros que nos comimos asados. A los pocos días después, nos hicieron otra visita, trayendo a sus mujeres y después de compartir con nosotros la habitación por algunos días, volvieron a dejarnos».

Añade Byron, páginas más adelante de su extraordinario y emocionante relato, que los indios volvieron una vez más al sitio en donde él y sus compañeros soportaban las más duras penurias: . . . «Traían consigo—expresa—sus mujeres e hijos, en todo cincuenta personas que inmediatamente se pusieron a construir sus chozas y parecían muy bien avenidos con nosotros; y nos habrían prestado un gran servicio, de que necesitábamos para nuestro sustento, porque eran más o menos cien individuos, si los hubiéramos tra-

tado como debíamos; pero los hombres que se hallaban ahora bajo poca o ninguna vigilancia, trataron de seducirles a sus mujeres, lo que ofendió de tal manera a los indios que en poco tiempo hallaron modo de marcharse llevándose todo consigo; y como sabíamos la causa, no esperamos volver a verlos otra vez . . . »

Había, pues, en aquellos indios una delicadeza respecto de la mujer que difícilmente pudo mantenerse incólume a lo largo de la civilización. El blanco, así fuera conquistador o cazador de nutrias, jamás hizo amago alguno de respeto a la india alacalufe. Extraño sería que la respetara en la actualidad, cuando la tribu carece de fuerza, ha sido dispersada y los vicios que la civilización ha sembrado entre los indios, los han debilitado y convertido en miserables despojos humanos . . .

Por lo demás, nada hay en ellos, que permita fijar los signos externos de una raza cultivada y nada existe en los vastos dominios de las islas que acredite la existencia de un pueblo constructor. No hay restos de monu-

mentos o de casas. Ni siquiera utensilios que muestren la huella de una preocupación artística. La errancia fué la única característica de esa tribu. El canal y la sugestión del mar, infundieron en estos indios el amor al nomadismo. Desde el Golfo de Penas al Seno de Ultima Esperanza, desde los canales del archipiélago Guayaneco a Otway, Skiring y al laberinto del Estrecho de Magallanes pasando por las islas y refugios de la Patagonia occidental, los alacalufes no dejaron otro vestigio de su paso que la huella, pronto desvanecida, de sus canoas sobre el agua profunda. Vivieron siempre la etapa primitiva de la recolección que es el signo de las razas embrionarias, a las cuales sólo estimula el instinto de la propia conservación. La pesca y la caza para alimentarse, y la lucha con las tribus vecinas que ocupaban otras regiones del mismo territorio.

Tal vez una partícula misteriosa del alma de remotos antepasados les advirtió que no había para ellos otro género de existencia que el vagar continuo sobre la incierta superficie de los canales y a lo largo de esas tierras

frías e inclementes, estériles en su mayor parte y pobladas de bosques pantanosos y sendas torcidas. En algunas cavernas sombrías del interior de las islas, dejaron sobre parihuelas los cadáveres alineados de sus muertos. Cementerios primitivos, abrigados de las lluvias incesantes debajo de los bosques, inaccesibles al ojo del blanco y difíciles de descubrir. Byron en su peregrinación trágica, encontró uno del cual hace una vívida descripción en su relato célebre.

Los escasos alacalufes que merodean hoy al costado de los barcos, son sucios y pestilentes. Y como solo viven en sus canoas, sus piernas se han atrofiado. Son cortas y delgadas y sus vientres hinchados como vientres hidrópicos.

El explorador Juan de Ladrillero que recorrió en 1557 las islas y ensenadas del archipiélago de Guayanecas, dejó también en su diario, una página expresiva y elocuente que arroja una luz muy viva sobre la existencia de los indios de los canales. «La gente que hay en esta ensenada—dice—son indios pescadores de mediano cuerpo y mal propor-

cionados. No tienen sementeras, manteniéndose de pescados y mariscos y lobos marinos que matan y comen la carne cruda, o aves, cuando las matan y otras veces las asan. No tienen ollas, ni otras vasijas; ni se ha hallado sal entre ellos. Son muy salvajes y sin razón. Andan vestidos de los cueros de lobos y de otros animales, con que se cubren las espaldas, y caen hasta las rodillas, y una correa que les atan al pescuezo a manera de las liquiras (mantilla pequeña y cuadrada que los indígenas del septentrión de la América del Sud, llevan sobre los hombros) que traen los indios del Cuzco. Traen sus vergüenzas de fuera, sin ninguna cobertura. Son de grandes fuerzas. Traen por armas unos huesos de ballena a manera de dagas, y unos palos, como lanzuelas mal hechas. Andan en canoas de cáscara de cipreses y otros árboles. No tienen poblaciones ni casas, sino que hoy aquí, mañana en otra parte, y donde quiera que llegan, llevan unas varillas delgadas, las cuales ponen en el suelo y con cortezas de árboles, que en las dichas canoas traen, hacen sus casillas chiquitas, a

manera de ranchos en que se meten y reparan del agua del cielo y de la nieve».

No ha cambiado sino el ropaje, desde el día en que los encontró el célebre explorador español. Tan pronto en un sitio como en otro, viven una existencia miserable, en la errancia continua, en el vagar interminable, de una isla a otra, de un canal a otro, de un surgidero oculto a un golfo abrigado. Suelen verse alacalufes vestidos de marineros o de soldados. A veces llevan puesta una gorra deshilachada de almirante o de capitán de barco. Son los obsequios que les dan los marineros que los encuentran en sus cruceros de exploración. Un alacalufe según nos dijeron llevaba sobre su piel desnuda, un jaqué que le cubría hasta más abajo de las rodillas. Un viejo y tirillento jaqué con el cual el pobre indio, cubría su decrepita prestancia. También el signo de la civilización, aparecía raído y tapaba mal sus vergüenzas. . . .

Nunca, en verdad, hubo una cruzada que salvara a esta gente de su vida vergonzante. Los misioneros no pudieron reducirlos y sólo algunos fueron convencidos y llevados a los

sitios en que funcionaban las escuelas de las misiones. No podían vivir la existencia pasiva. Algunos se escapaban y volvían al refugio de las islas abandonadas. Pero es incuestionable que sirvieron a los antiguos navegantes y prestaron útiles servicios a los exploradores de los canales. Ellos sabían cuáles eran las ensenadas abrigadas, los embarcaderos seguros, y los canales navegables. Tenían el secreto de las escolleras, el instinto del peligro oculto en los bajos traidores. Conocían el interior de las islas y las sendas que llevaban a los sitios en que era posible guarecerse. No siempre se mostraron pacíficos y tranquilos. Cuando podían atacaban a los blancos desprevenidos y devolvían venganza por venganza. Robaban a los que se descuidaban y, muchas veces, las lanchas de los pescadores desaparecían de los fondeaderos sin que jamás volviera a saberse de ellas. Es penoso y contrista el ánimo, contemplarlos ahora en su decrepita y roída humanidad. Están condenados a extinguirse lentamente igual que los troncos que se pudren en los pantanos de los bosques. Embrutecidos por

el alcohol vagan en sus canoas y entregan su caza de lobos o de nutrias a los ávidos comerciantes que les ofrecen licores pestilentes y tabaco, a cambio de las ricas pieles que se disputan luego los mercados de todo el mundo.

A través del Canal Messier, enfilamos lentamente hacia las regiones que Darwin llamó «tierras malditas». El paisaje es hosco y el puño crispado de los cerros nos persigue y nos estrecha en cada instante. De improviso el sol abre violentamente los pesados cortinajes de nieblas y enciende en fulgores apasionados el sueño blanco de la nieve. El horizonte se ensancha, en una llanura interminable, pero luego vuelve a cerrarse, sombrío y amenazante. Todo el paisaje es soledad, soledad honda y turbadora. Un desamparo que sobrecoge el ánimo, y angustia en su propia e inacabable desolación.

Todo es aquí áspero, duro, con la monotonía de la naturaleza despojada de humanidad. Darwin, no encontró sino vagas huellas humanas en medio de un silencio pavoroso. Remontó el curso de algunos ríos, se internó

en las llanuras onduladas de la Patagonia y sólo pedreríos y yerbajos desmedrados le señalaron la ruta. El bautismo del hombre de ciencia quedó fijado como una maldición, y de este bautismo no pudo desprenderse esa tierra sino muchos años más tarde cuando el colonizador llegó a las costas del Estrecho y demostró que no hay naturaleza estéril ni llanos malditos, para la voluntad esforzada que se yergue sobre la soledad y el silencio hasta dominarlos y vencerlos. Darwin no conoció las epopeyas heroicas de los colonizadores sino la epopeya de los grandes exploradores que arribaron en frágiles navíos hasta las riberas desoladas de islas, penínsulas y canales que forman el más prodigioso y dramático paraje, entre la cólera de dos vastos océanos.

II PARTE

LA LUCHA CON LA NATURALEZA

La tierra maldita

La observación de Darwin no prevalece sobre la voluntad del hombre, pobre y oscuro, que desembarca en Punta Arenas, un día cualquiera del último tercio del siglo pasado, dispuesto a jugarse la vida en aquellos parajes solitarios. Es probable que ni siquiera haya oído hablar de Darwin. Muchas islas y canales de ese laberinto austral llevan nombres de exploradores y marinos extranjeros, especialmente ingleses y el que ostenta el de Darwin pertenece, sin duda, a alguno de esos capitanes de la marina que años atrás recorrieron en sus barcos los pasos y desfiladeros del Estrecho. Al hombre sin letras le está permitido desconocer las páginas del sabio...

La tierra es maldita cuando no produce nada que pueda satisfacer la ambición de un aventurero. En la apariencia la tierra del extremo sur, no es otra cosa que una sucesión de páramos desiertos y penínsulas cubiertas de nieve y de árboles raquíticos o bosques impenetrables. Infunde una sensación de terrible desamparo. Es el término de la creación, el punto final que la naturaleza ha colocado en el planeta. Los navegantes que la exploraron hace siglos la cubrieron de mayores angustias, si cabe. Bautizaron sus regiones con nombres desolados. Buscaron las palabras más amargas y más impresionantes: Isla de la Desolación, Seno de Ultima Esperanza, Bahía Inútil, Puerto del Hambre, Cabo Froward, Bahía del Desengaño, etc. En cada una de esas ensenadas, islas y promontorios, no encontraron sino la soledad, el fragor de las tormentas, la crispación de una naturaleza solitaria y cejijunta. En cada vereda líquida sólo hallaron los restos de los naufragios que les habían precedido. Dramas oscuros e ignorados que nadie conocería jamás en su intimidad.

Sin embargo, la leyenda de la riqueza magallánica circulaba por todas partes. Esa región adusta, de vientos alborotados y de oleajes amplios y potentes, no podía ser únicamente la tierra estéril y maldita de Darwin. Debajo de sus turbales y légamos, entre la nieve y los bosques, en la orilla de los ríos, debía existir, en potencia, la rica fibra del oro. Desde luego en las soledades de las roquerías aullaban los lobos, y la piel del lobo era una riqueza a la vista.

Lo único cierto y en lo cual todos estaban de acuerdo por aquel tiempo, era en que no había en el mundo un paraje más traidor que el Estrecho. Lo imprevisto acechaba siempre al navegante y los cálculos más exactos, como los conocimientos más minuciosos, eran desbaratados, en breves minutos, por la cólera de la naturaleza. «Un intrincado laberinto de canales, bajos, arrecifes y revesas cuya fuerza y dirección era casi imposible notar con certeza, influenciadas como eran por las mareas, los accidentes de la tierra y atmosféricos, por los bancos movibles y por los temporales y ciclones, dificultaban y amagaban constan-

temente la seguridad de los navegantes. Luego las costas, altas y cubiertas por las nubes, las lluvias y la nieve, o bien bajas y veladas por la neblina que brotaba de las rompientes, hacían poco menos que imposible reconocer y fijar la posición de los barcos o encontrar la boca de las ensenadas». De improviso se descargaban sobre el Estrecho tempestades rápidas y violentas, como el rayo, que arrastraban a los navíos aunque éstos estuvieran fuertemente amarrados, lejos de los fondeaderos y los estrellaban contra las rocas.

Nada de esto sin embargo, le importa al desconocido,—desertor de goleta, lobero, pescador o comerciante en pieles y licores—que desembarca un día en la bahía de «Sandy Point». No puede, en verdad llamarse «maldita» una tierra que aun no ha sido explorada y explotada. Para asegurar que ella es estéril es necesario, antes, internarse en sus yermas planicies, cruzarla de sendas, recorrer sus cañadones, penetrar en sus bosques, remontar el curso de sus ríos o bien acercarse a las costas pobladas de lobos de dos pelos. Darwin echó una mirada certera, sin duda,

sobre la región y hasta perforó con su mirada de águila, la tierra sobre la cual pisaba. Pero eso no fué suficiente. Los aventureros que avistan a Punta Arenas, desde la borda de los frágiles navíos, cincuenta años después de la visita del sabio inglés, saben que no arriban a una zona de calma, de fácil y espontánea entrega, sino a un territorio hostil y trágico, que se recoge endurecido y se niega, hurraño a entregar sus secretos. El viaje mismo les ha revelado ya a los que van en busca de riquezas, al cruzar canales y pasos sombríos, ventisqueros espantables y roquedales siniestros, que nada hay que esperar de nadie, que sólo la lucha cerrada y el sacrificio permanente, son los únicos dones de que se puede usar con largueza.

Para un aventurero la tierra de promisión está en todas partes. Siempre habrá seres que se encaminan a los sitios más distantes y más solitarios del planeta, pues allí aun queda la posibilidad de encontrar la fortuna y mientras más abandonado es un paraje, mayor seguridad existe de descubrir los filones ricos y opulentos. El que se dirige a esa tierra,

conoce de antemano su destino. Si resbala no habrá nadie a su lado para sostenerlo. Si pierde la huella al internarse en la profunda soledad del bosque sentirá caer sobre su cabeza el silencio infinito y mortal en el cual no alumbra esperanza alguna de salvación; si sus pies resbalan en la superficie negra y lustrosa de las rocas cubiertas de musgo, azotadas por olas rabiosas, caerá sin remedio al torbellino encrespado en el cual braman los lobos y las espumas. Existe una sola fuerza capaz de salvarlo: la que brota de su propio corazón. Esa fuerza ha hecho posible la lucha del hombre contra la naturaleza y le ha dado energías para vencer en los climas más feroces y en medio de la más insoportable soledad. Sin esa fuerza las regiones del «Páramo» jamás habrían sido recorridas ni exploradas en sus ingentes riquezas auríferas. Jamás un explorador como Popper hubiera podido imponer allí su energía y su dominio, indomables, venciendo el terrible silencio y la infinita grandiosidad del paisaje. Al hombre de sólidos riñones le es preciso defenderse también del sortilegio enervante del paisaje

que aplasta con su grandeza y deprime por la percepción aguda de la propia insignificancia humana. Una noche bajo las estrellas heladas de la pampa o un día entre las fragorosas tormentas que soplan como una jauría de perros rabiosos desde las angustiosas soledades del Cabo de Hornos, removiendo los pedreríos y achaparrando los arbustos más resistentes, cegando la vista y golpeando con furia en el corazón, agotan a veces la energía humana y la dejan como aletargada e inconsciente, herida por misteriosos y sutiles garfios de cansancio y de muerte.

La ciudad en formación

En la segunda mitad del siglo pasado, Punta Arenas es apenas un caserío miserable de madera, sin comercio establecido y sin industria alguna. Han pasado sobre ella dos tormentas trágicas, dos anchos regueros de sangre. Ha sido calcinada por el fuego, removida en sus cimientos, maltratada por manos alevosas, prostituída y envilecida por el odio, el estupro, la ira y el salvajismo. Paga

una deuda desconocida, se hace reo de un crimen desconocido. Pero vuelve a resurgir, brota como la yerba, se levanta de sus ruinas, se endereza a medias y toma aliento. Cambiaso y los artilleros, a veinte años de distancia uno de otros, se embriagan en sus escombros, danzan como locos sobre las ruinas, beben y fusilan a las mujeres, a los niños, a los ancianos. Por las noches los campamentos se iluminan con el resplandor de las llamas de los incendios y a favor de la cárdena y sangrienta luminaria, los soldados arrastran a las mujeres, se ceban en ellas, aullan como canes y cantan canciones obscenas. Todas las pieles que hay escondidas en la ciudad y que han podido salvarse, se amontonan para el reparto. No hay ley alguna que domine, sino el instinto sanguinario que la soledad desata y remueve en las entrañas de los hombres. La soledad espantable es la dueña del recinto en escombros, como antes lo fuera de la brutalidad agazapada hasta despertarla por la misma desesperación de vivir sin esperanza...

Lenta y pacientemente los loberos, los cazadores de nutrias y los buscadores de oro,

los comerciantes en pieles y licores, los sobrevivientes de la furia de la soldadesca, comienzan más tarde a reconstruir la ciudad. Trazan nuevas vías, levantan sus casas de maderas, las pintan de rojo o las dejan sin bruñir. La iglesia alza de nuevo su torrecilla y la campana medio fundida por las llamas, torna a lamentarse áspera y como acongojada.

La vida se reanuda en el ritmo de la antigua faena. Se reunen de nuevo los hombres venidos de todas partes, chilotos y extranjeros que acuden, pasado el peligro, a enfrentarse de nuevo con la existencia aventurera de la región. Más allá del río, de las Minas o de Tres Puentes, se extiende el bosque impenetrable y más allá la pampa inmensa habitada por los guanacos y los avestruces. La pequeña ciudad está toda circundada de bosques espesos y negros. El primer colono debió mover guerra tenaz al árbol que le impedía abrir el semicírculo para edificar el caserío. Al frente de la bahía alza su perfil brumoso la Tierra del Fuego, misteriosa y poblada de tribus bárbaras, onas y yaganes. De vez en cuando, cruzan por delante del

puerto incipiente unas goletas de pescadores, unos navíos loberos, unos cutters de escaso tonelaje que se dirigen hacia la Isla Grande o bien en demanda de las islas del Canal de Beagle, en donde los lobos aullan enronquecidos entre el espumarajo violento de las olas, encima de las roquerías ennegrecidas por la resaca. Pasa el tiempo. La sombría colonia penal es ahora un punto de embarque para las expediciones loberas. Salvo unas pocas construcciones más cómodas y espaciosas, la gobernación, la iglesia, la cárcel, la aduana o bien algunos almacenes y bodegas, el resto no es otra cosa que un agrupamiento de casas parecidas a las de los esquimales.

Un frío de mil demonios revienta las carnes o las endurece. El clima está hecho para resistir o para perecer. La naturaleza humana que se ha habituado a los climas tibios y a la vida fácil, nada tiene que hacer en esa región de contrastes sorprendentes. Los viajeros que desembarcan para instalarse en Punta Arenas suelen encontrar en las calles lodosas restos de tapas de lata, chimeneas torcidas, empalizadas de madera podrida. Son los des-

perdicios que los huracanes que soplan con violencia sobre la pequeña ciudad van dejando amontonados en las vías solitarias. No hay otro intercambio que el de pieles y licores entre los blancos y los indígenas de las pampas. En ciertas épocas del año arriban a la ciudad grupos compactos de indios vestidos con pieles de guanacos que acuden a cambiar, en una feria libre, sus productos de caza por harina, pan, azúcar. La pequeña ciudad se llena de músicas y de notas pintorescas. La banda de la guarnición ejecuta aires marciales mientras desfilan los bravíos habitantes de la pampa entre las hileras de curiosos.

En algunos días, al atardecer, los loberos desembarcan de las goletas sus cargamentos de pieles. Se ven en la semipenumbra del puerto unos hombres siniestros cuyas botas les llegan más arriba de las rodillas. Traen sus envoltorios a la espalda y en las manos saquitos repletos de pepas de oro. La barba crecida les da el aspecto de seres huraños, de almas brutales y sórdidas. Pero no es más que el curtido que sobre la piel del rostro ha grabado el viento persistente de la pampa

o bien el hielo que se arremolina en la orilla de los ríos auríferos. Llegan casi todos de la Tierra del Fuego o de las islas distantes del sur. Han batallado meses con las tormentas en medio de una soledad espantosa. Cargan como pueden sus fusiles y machetes, con los cuales se han defendido del peligro de los indios, y se dirigen hacia el caserío, atravesando la lonja accidentada de tierra que separa la población de la orilla embravecida del Estrecho.

Durante meses no oyeron más que el alarido de las olas o bien el silencio poblado de rumores inexplicables. Pero hay también los que han quedado sepultados en los páramos. Esos no regresarán jamás. Sus cuerpos están sentados o hundidos con los brazos en alto, tal como los sorprendió la tormenta de nieve. Otros se golpean como manojos de luce en las puntas filudas de las rocas, balanceándose con el ritmo espeso de la resaca y despedazándose poco a poco...

El lobero y sus compañeros

La leyenda y la realidad crearon en Punta Arenas grandezas casi inverosímiles al lado

de crueles sufrimientos humanos. En la tierra despedazada, cubierta de hielos o de brumas, prosperó un mundo humano de maravilla y de terror. Los hombres eran vencidos por la naturaleza o bien salían victoriosos del terrible combate. Los más oscuros se convertían en potentados y, a veces, de negocios insignificantes, establecidos en los galpones de madera que orillaban la bahía, surgían grandes casas comerciales. En cada cazador de lobos existía la posibilidad de un hombre de empresa, pues solían desaparecer durante meses del pequeño recinto edificado y regresaban al cabo de ese tiempo trayendo cargamentos de cueros que realizaban con pingües ganancias.

La arquitectura ligera y sencilla de los nuevos edificios que se construían, pintados de vivos colores contrastaba con el verde sombrío de los bosques vecinos y al mismo tiempo indicaba la naturaleza todavía temerosa de sus habitantes. Parecían ceder al instinto del tránsito. Los bosques proporcionaban la madera para las construcciones. Y no era posible edificar con materiales más sólidos las

casas que habitarían los nuevos hombres de fortuna, pues no había como procurárselos. Estaba aún lejano el día en que un poderoso millonario se haría traer de Buenos Aires los ladrillos para la construcción de su palacete.

En cada hombre que arribaba a la bahía arenosa de Narbrough había siempre, en acecho, un ser cuya historia privada debía forzosamente estar tejida con la madeja de los más extraños sucesos. Punta Arenas tenía por aquellos años, último tercio del siglo pasado, una fama bastante obscura en lo que respecta al elemento humano que acudía a realizar negocios. Se reunían allí los desertores, los vencidos de todas las ciudades del centro, los delincuentes que la justicia perseguía, los confinados por faltas graves. Cuando la sociedad de otras ciudades quería expulsar de su seno a un ser peligroso, se ponía de acuerdo con la justicia para que ésta le franqueara sin dificultades, el camino de la antigua colonia penal del Estrecho. Allí podría rehacer su vida o entregarse a la explosión secreta de sus vicios. La enorme distancia que se-

paraba la ciudad fría, del centro del territorio o de la capital constituía una ventaja más para mantener en el olvido y, en última instancia, en la desaparición absoluta, a los seres cuya presencia era dañina para la tranquilidad social.

Todo esto era, evidentemente, exagerado. Si había algunos elementos díscolos o delinquentes peligrosos que purgaban sus faltas, no podía juzgarse a todos los habitantes con la misma ligereza. La leyenda en este tono, es el ácido más corrosivo que puede caer sobre un hombre, una colectividad o un territorio entero.

Así como hay seres humanos sobre los cuales pesa la mancha imborrable de una sospecha y jamás pueden sacudirse de ella y viven una vida equívoca y lamentable, entre el índice acusador y la reticencia solapada del ambiente, existen también climas o atmósferas fraguados por leyendas de crímenes o de fatalidades. Sobre Punta Arenas, ya lo hemos dicho, pesaba la sombra de los crímenes atroces del levantamiento de Cambiaso en 1851 y la terrible ráfaga de sangre, no me-

nos brutal que la anterior, de la sublevación de los artilleros en 1877, durante la administración de Dublé Almeida. Al centro del país llegaban sin embargo, rumores de riquezas sorprendentes, ganadas en pocos meses. Se oía hablar de fabulosos descubrimientos de placeres auríferos y se sabía de hombres que se acostaban pobres y amanecían ricos. Todo se igualaba en el clima duro y hostil de aquellos lejanos parajes. A nadie se le preguntaba de donde venía ni cuales eran sus antecedentes de familia.

Bastaba que manifestara la voluntad de trabajar o de internarse entre las soledades de la Tierra del Fuego, para que se le tuviera por uno más entre los muchos que habían soportado inenarrables sufrimientos y penalidades.

Hacia 1880 un lobero llegó a ser un gran señor de la riqueza. Era desertor de una de las goletas norteamericanas que, periódicamente, aparecían en el estrecho para dedicarse a la caza de lobos. Esas goletas enfilaban su proa hacia Duncan Rocks, White House y August Island. La pupila del súbdito

norteamericano había visto con claridad la enorme posibilidad que existía de hacerse rico en esa clase de negocios. En lugar de sacrificarse para los poderosos industriales de su país, que fletaban barcos balleneros y loberos para realizar sus grandes cacerías marítimas en las islas cercanas al Cabo de Hornos, era preferible trabajar por su propia cuenta. Las restricciones para la caza de lobos eran a veces, bastante severas, pero los extranjeros las burlaban fácilmente y con un poco de cuidado era sencillo hurtar la vigilancia de los escampavías chilenos y argentinos que mero-deaban en aquellos parajes. Una noche no volvió a su goleta, que debía zarpar a la mañana siguiente rumbo al Pacífico, a San Francisco de California. Escondido en una de las casas de Punta Arenas, esperó que el barco desapareciera en el horizonte. Después buscó algunos desocupados que, como él, fueran capaces de afrontar los riesgos de una empresa en las islas del sur y logró que algunos chilotes recién llegados y dos o tres fugados de la colonia penal aceptaran el negocio. Era muy sencillo. Fletarían un pequeño

barco y se irían por unos cuantos meses a las roquerías más distantes del sur.

La caza del lobo no es tarea para niños. Ellos sabían muy bien a lo que se exponían. Cuatro meses permanecieron entre las tempestades y los vientos furiosos que soplan desde el Cabo de Hornos su impetuosa violencia. Padecieron hambres desesperadas. Algunos días sólo comieron la fétida carne de lobo, aceitosa y amarilla, que les llenó de repugnancia. Pero no podían ceder ni acobardarse. Las provisiones que habían llevado—porotos, charqui, té, arroz y especialmente aguardiente—estaban a punto de agotarse. Por las noches, los nativos bebían con una especie de angustia y se embriagaban para no sentir quizá el suplicio que les causaba la soledad fría y el silencio, llenos de monstruos terroríficos. Así fueron sorteando los vientos huracanados, de un paraje a otro, de una isla a otra. Penetraron en el fondo de sombríos canales, se deslizaron a lo largo de costas montañosas que se estrechaban mostrando sus apretados bosques de hayas y robles. El viento del oeste soplaba siempre furioso y

endemoniado. A medida que se acercaban al Pacífico, sentían el balanceo profundo de la embarcación, tal como si una mano gigantesca moviera en lo hondo del agua el pesado oleaje. Las riberas se mostraban cada vez más desoladas y tristes. Reinaba en todo el contorno el hosco e inmutable silencio. Cuando los sorprendía la noche se refugiaban, tiritando de frío, en alguna escoriadura de la costa, pequeña ensenada abrigada, y ahí se estrechaban unos contra otros, bajo una lona, para defenderse del viento helado que bramaba con un ronco y lamentable alarido. Por fin estuvieron en medio de los peñascos negros que las mareas de la mar libre azotaban con extraordinaria violencia. El bramido de los lobos resonaba por encima del jadeo incansable de las olas, y su número era tan considerable que se prometían una caza como nunca la hubieran soñado. Los cazadores de lobos saben que a veces la manada se lanza rabiosa contra sus enemigos, y es tal la fuerza de su embestida que una vacilación o debilidad cualquiera en el cazador basta para

ser arrastrado por entre los acantilados hasta el fondo del mar.

Ese día los seis hombres se batieron con salvaje ferocidad contra los animales que erguían sus cabezas, aullando con ira a cada golpe de maza que les descargaban sobre los ojos y el hocico. En medio del movible y lustroso hacinamiento de cuerpos oscuros, aquellos hombres levantaban y dejaban caer, incansables, las pesadas mazas de madera. El estruendo de las olas se mezclaba al grito de los hombres y al mugido áspero e irritado de las bestias. Quedaron al fin sobre la lisa superficie de la isla, negra y roja a un tiempo, por la humedad y las estriás de sangre que se escurría por entre las grietas, centenares de lobos muertos. Esta misma escena se repitió cada cierto tiempo en distintas islas.

Regresaron al fin con un gran cargamento de pieles. ¿Cuántas? Miles de miles. Se habían batido de cara a la muerte cien veces. Cien veces alguno de los hombres, por turno, estuvo a punto de caer al torbellino encrespado, del cual jamás se torna a salir. Pero nada importaba a esos hombres, endurecidos

por el clima y la tormenta, el peligro en que podían verse envueltos. Lo único que sabían era que llevarían, en las estrechas bodegas del barco, una cifra fantástica para sus ambiciones. Así fué en efecto. Una vez en Punta Arenas hicieron el reparto, y a cada cual le tocó su provisión de cueros. Bebieron más tarde en los figones y se refocilaron con las mujeres que habían acudido de todas partes, como los cazadores, a ganarse la vida.

Pero el desertor, hombre al fin precavido, no bebió ni jugó como los nativos. Guardó sus pesos y en cuanto pudo compró una pequeña casa comercial. Estaba allí la base de su fortuna, el comienzo de la lucha sin cuartel de la cual sólo beneficios extraería. La piel curtida de su rostro y la mirada acerada de sus pupilas azules, decían bien a las claras cuán firme era su voluntad de triunfo. Fué la suya la primera de las casas comerciales que en Punta Arenas se dedicaron al negocio de pieles en grande escala. Este desertor de una goleta y cazador de lobos, se convirtió andando el tiempo en proveedor. No volvió a las islas sino de tarde en tarde, cuando era

necesario vigilar a los hombres que él contrataba para las peligrosas faenas de la cacería.

Algún tiempo después el desertor, ahora rico, vió penetrar una tarde en su negocio a dos hombres zaparrastrosos que le hicieron señas amistosas. Los reconoció con dificultad. Eran dos de aquellos compañeros que tan audazmente se habían batido con los lobos en las roquerías del sur de la Tierra del Fuego. ¿Qué habían hecho de su dinero? ¿Cómo es que se encontraban en ese miserable estado de pobreza y abandono? Se encogieron de hombros, guiñando los ojos, con una mezcla de malicia y de resignación. Las muestras estaban a la vista. Se lo habían bebido y, probablemente, jugado todo, sin importarles nada el mañana. Daban por bien empleados sus sacrificios en las soledades si podían obtener unas cuantas pieles, las cuales, una vez llegados a Punta Arenas, cambiaban por algunos pesos que se bebían alegremente. Como buenos nativos eran imprevisores y derrochadores...

Así comenzó la fortuna del desertor y así comenzó la de muchos de esos pionners de la

riqueza magallánica. Unos fueron marinos de buques mercantes, cocineros que instalaron un pequeño hotel o un bar; otros llegaron sencillamente a enfrentarse con la naturaleza áspera e inclemente. Algunos desembarcaron para ejercer los más humildes menesteres: herreros, carpinteros o remeros. Luego, aburridos de la pequeña ciudad se echaban a la pampa a cazar guanacos o avestruces y en seguida, comerciaban las pieles y las plumas. Pero en todos ellos palpitaba la energía dominadora, la voluntad indomable de vencer. Eran sobrios, económicos y avaros. Juntaban sus pesos con minuciosa perseverancia y no derrochaban lo que tantos sacrificios les había costado reunir.

La mezcla de razas

El sedimento primitivo de la sociedad embrionaria de Punta Arenas se formó entre los elementos más disímiles de la colonización, algunos años después de la fundación de la colonia penal. Había ingleses, portugueses, austríacos, alemanes, italianos, yugoeslavos,

españoles, entre los loberos y cazadores de guanacos y nutrias. Fué la primera ráfaga inmigratoria que estableció las bases del formidable crecimiento posterior de la colonia. Junto a ellos estaban los chilotes que arribaron desde sus islas atraídos por el espejuelo de la riqueza. Estaban también los penados de la colonia que escapaban por falta de vigilancia o por la benevolencia de los gobernadores que les dejaban huir a fin de que rehicieran su vida por el sacrificio y la tenacidad. También acudían desde Santa Cruz o de la Patagonia algunos gauchos matreros, perseguidos de la justicia argentina que saltaban las fronteras en aquellas soledades que nadie controlaba. Hombres de todas las razas y de todos los instintos se reunían allí, en el último confín de la tierra, en el cruce más formidable, entre dos océanos, lejos de toda autoridad, al margen de toda sospecha, libres y dueños de su voluntad. El ancho rumor se dejaba oír hasta Buenos Aires y Montevideo y alcanzaba a los países de Europa.

La ciudad crecía. Los barcos de todas las matrículas del mundo que cruzaban las aguas

del Estrecho, recalaban en el puerto. El comercio adquiriría poco a poco un ancho volumen. Se abrían nuevas casas comerciales. Se establecían colonias de suizos y yugoeslavos, en los terrenos cercanos a los bosques que rodeaban la ciudad. Se fundaba el primer banco y, por supuesto, no era chileno sino inglés. De las capitales del Atlántico llegaban a instalarse muchas mujeres atraídas también por la facilidad con que se levantaban fortunas. Por las noches, en el vano negro de la extensión edificada, solían verse ya los faroles verdes, anunciadores de la vida alegre. El viento los balanceaba y su lumbre parecía un guiño llamativo en la desolación oscura. Los buscadores de oro—se habían descubierto ya los placeres auríferos de Cabo de las Vírgenes, San Sebastián, Sloguet e Islas Australes—llegaban con sus bolsillos repletos de pepas de oro. Las cambiaban por licores o las jugaban en los sitios ocultos o bien pagaban con ellas algunos minutos de placer. En todas partes había un estero o un riachuelo que arrastraba granos de oro. En el río de las Minas, los hombres pasaban día

y noche inclinados sobre la corriente, vaciando y sacudiendo el agua. Una mujer al matar una gallina, había descubierto en el buche una pepa de oro de gran tamaño. Este descubrimiento había enloquecido a los habitantes y todos se entregaban a la tarea de buscar pepas parecidas.

Se había formado allí la encrucijada de las razas y la base del ímpetu agresivo de las grandes empresas explotadoras que deberían establecerse más tarde, aprovechando la liberalidad del Estado y la riqueza de las inmensas extensiones aptas para la crianza del ganado. Pero quien examine los índices de la vida en aquellas regiones, y repase las listas de los nombres que se establecieron allí, sorteando las más duras contrariedades, no encontrará el nombre chileno sino por excepción. El nativo, como le llaman los extranjeros, prefirió los menesteres secundarios más difíciles y arriesgados de la caza individual o de la empresa personal en aventuras heroicas que denotaban el temple vigoroso de la raza, y no la previsión y el calculado propósito de

forjarse una fortuna, siendo dueños o directores de vastas empresas.

Si aquel desertor de que hemos hecho mención, pudo fundar una gran casa comercial, iniciada en un sórdido galpón de madera, y llegar a obtener con el tiempo, muy corto, por lo demás, una gran fortuna, ello se debió a esas condiciones afirmativas de la vida, de que nunca dió muestras el chileno derrochador y amigo de «fantasear» proyectos que nunca serán realidades. En el extranjero que acudía alucinado por el miraje de la riqueza se confundían los elementos esenciales de razas destinadas a vencer en esas contiendas a despecho de la ruda y porfiada violencia del clima. Eran sobrios, calculadores, incansables para el sacrificio. Mientras en bahía Porvenir, por ejemplo, los chilenos buscadores de oro arrojaban con desprecio sobre el mesón de las cantinas los saquitos repletos de pepas de oro que habían reunido en largos meses de soledad, en la orilla de los ríos, inclinados horas de horas sobre la corriente, moviendo la «chayas» y sacudiendo la arena, y se bebían hasta embriagarse el producto de sus afa-

nes, el extranjero pasaba de largo frente a los figones en cuyas puertas, las prostitutas les hacían señas llamándolos a detenerse. Seguían hasta el muelle, embarcaban en los destartados cutters y se iban a Punta Arenas, en donde les esperaba su mujer que cuidaba del hotel del cual eran dueños o del pequeño bar o restaurant que también frecuentaban los mismos nativos y en el cual se jugaba y se bebía grapa en abundancia...

• En la lucha por la vida no hay más que energía y astucia. Pero si estas cualidades pueden tenerlas, a su vez, los hombres de todas las clases y categorías sociales, los más severos consigo mismo, son los que acaban por triunfar de las debilidades que les acechan. La formación de la fortuna en la región magallánica es quizás el más dramático e impresionante de los capítulos de historia que se pueden ofrecer a los hombres de estas generaciones. Punta Arenas vió alzarse hombres extraordinarios, capacidades humanas incultivadas, pero de una viva y poderosa inteligencia.

Rodeados de un paisaje de dramática po-

tencia, en medio de una naturaleza cruzada de huracanes o encendida por un sol limpio y friolento, esos hombres se irguieron en ocasiones, con terrible crueldad, para acallar quizás, la propia desesperación que les infundía la soledad, sigilosa y poblada de monstruos. La soledad irrita y entorpece. Cuando se vaga días enteros a través de pedreríos yermos o de planicies musgosas, a la orilla de cadenas de cerros nevados y sin encontrar alma viviente, ni aun la sombra de una bestia, ni siquiera el canto plácido de una ave, se termina por llorar con desesperación o por burlarse del espanto encogido en el corazón. El mar que es en este caso una imagen humana, especialmente en lo que se relaciona con aquellos aventureros, ondula y estalla en rompientes albas que se descargan sobre la ribera abrupta. Su jadeo monótono y persistente como una queja colérica rebota en el alma vagabunda cuyo destino no es otro que el de alimentarse en sus propias fuentes inexhaustas. El hombre llega al fin a sentirse dueño y señor absoluto de las regiones que recorre. Por aquellos años, las leyes no tenían

acción alguna y la autoridad apenas si lograba hacerse oír, cuando los abusos y las violencias habían cumplido ya con creces su trayectoria temible. Nadie podía exigir a esos seres errantes que buscaban la riqueza y un sitio propicio donde guarecerse y luchar con éxito, que cuidaran la tierra que pisaban o no molestaran a los habitantes que poblaban esas zonas inhospitalarias. Ellos sabían que había que dar saltos sobre los abismos para no resbalar y quedar aprisionados entre las mandíbulas de las rocas. Tampoco era posible contenerlos en sus ímpetus, puesto que cualquiera vacilación les habría costado la vida. Estaban rodeados de peligros. La resaca de las grandes ciudades había arrojado en las costas magallánicas, gérmenes insidiosos de rebelión. Los barcos venidos de otras tierras, dejaban en la noche, sin saberse, sino mucho tiempo más tarde, seres tenebrosos o torcidos que acudían allí a labrarse una fortuna a costa de los que sufrían y padecían por encontrarla. Cada cual debía vigilar sus ganancias, con el arma al brazo. Si los arrecifes tumbaban desde debajo del agua de los

canales a los barcos, también en los páramos o en las estepas, en los ríos o en los matorrales de la pampa se ocultaban los peligros y las emboscadas.

El viento provocaba a veces incendios gigantescos en la ciudad o en los bosques vecinos. En una hora se podía perder lo que se había acumulado pacientemente a lo largo de muchos meses de esfuerzo. Las chozas se deshacían en las llamas, los caminos de escape se obstruían con la rápida invasión de las lenguas de fuego y entre ellas se retorcían enseres, bestias, hombres y casas.

Los buscadores de oro apenas dormían, vigilando bajo las carpas de lona, en medio de las yermas soledades, el rico metal que habían logrado reunir y que en pequeños envoltorios se ataban al pecho, con un resistente bramante. Así creían evadir el robo, de compañeros menos afortunados o más astutos. Algunos huían. Salían de la tienda, a favor de lo oscuro y arrastrándose como alimañas ganaban el páramo helado y corrían a través de la soledad hasta que caían en un pozo, bajo la nieve, tragados como por una boca infer-

nal. Allí quedaba el cuerpo petrificado, que las ventiscas iban apisonando lentamente. En el pecho colgaba inútil el saquito de oro. La tierra recuperaba de nuevo su tesoro, en el impasible y glacial silencio de las noches fueguinas.

El elemento humano debía fatalmente endurecerse en esas zonas desvinculadas de la capital o de todo centro poblado. Las condiciones para el trabajo eran distintas de las que regían en otras regiones del territorio. La responsabilidad que crea la comunidad, estaba allí aflojada por el rudo esfuerzo que estaban obligados todos a desarrollar para no perecer. La zarpa asomaba así en muchos hombres. La fiera se despertaba en su cárcel obscura, acechaba con sus ojos inyectados de sangre, toda maniobra débil del adversario. Popper y sus hombres defendieron a tiro limpio las extensiones del Páramo en San Sebastián en las cuales se habían descubierto grandes mantos auríferos. Los vagabundos que recorrían las tierras buscando «placeres», iban a dar agotados frente a las

tierras de promisión que el terrible rumano vigilaba y defendía con la indomable energía de que dió tantas y tan decisivas muestras en los días en que fué el amo absoluto de aquellas regiones.

III PARTE

LA COLONIZACION

El rumano Popper

Julio Popper tuvo el prestigio de un aventurero de formidable envergadura. Solamente podía vencer en las regiones abiertas y hostiles que él buscó para sus exploraciones. No pertenecía a la madera de los aventureros vulgares. No era hombre sin letras, ni un oscuro trabajador de los páramos o un capitán de industrias como hay tantos. Poseía una cultura dominante; era ingeniero, había viajado por el mundo y se había rozado con los más extraordinarios hombres de su tiempo. El período obscuro e incierto de su vida es el que transcurre antes de su arribo a Buenos Aires, en donde se radica por algunos años y desde donde excursiona hacia la Tierra del Fuego.

Rumano de nacimiento, Popper tenía una figura arrogante; unos ojos azules, de acero, una barba rubia y cerrada. Vestía en la ciudad como un dandy y en los campamentos y los páramos, a la manera de los exploradores europeos que han recorrido los lugares más inhospitalarios de la tierra. Se adivinaba siempre en él el ímpetu del ser acostumbrado a mandar y a ser obedecido. Popper sabía con quienes tenía de habérselas y quizá por esto abusó de la situación que le creaba su propio dominio de sí mismo, su saber y su audacia sin límites. Popper se refería a las riquezas de las regiones australes como si las hubiese conocido palmo a palmo. Así pudo formar en Buenos Aires, en donde le escuchaban y le tenían por un hombre de gran sabiduría en la materia, la expedición que le acompañó a Tierra del Fuego en 1886.

Las riquezas auríferas de la región comenzaban a ser conocidas en los centros poblados del continente, pero en realidad nadie había osado formar una expedición en grande como la suya. Hombres prestigiosos de Buenos Aires prestaron su concurso y,

oficialmente, tuvo esa columna expedicionaria el beneplácito del Gobierno.

No es nuestro propósito seguir paso a paso las peripecias de Popper, ni entra en la naturaleza de este trabajo hacerlo así. La figura de Popper se presta para un ensayo de otra naturaleza, para un ensayo novelesco, en una palabra, porque existe en él la madera de un extraordinario personaje de aventuras.

Popper fué el prototipo del hombre audaz que concibe con rapidez un proyecto y lo lleva con la misma rapidez a la práctica. Sin su energía indomable, habrían pasado muchos años antes de que las regiones del Páramo en las inmediaciones de bahía San Sebastián, en el Atlántico, fueran exploradas y explotadas en su riqueza aurífera. La expedición de Popper llegó un día a Punta Arenas, desde Montevideo; desembarcó en la pequeña bahía del Estrecho y allí hizo formar a los hombres en torno al campamento. Estaban todos los acompañantes armados y parecía que se dirigían a un sitio peligroso en el cual era necesario defenderse continuamente de la amenaza de los indios.

La población de Punta Arenas acudió a ver esta columna expedicionaria que había levantado sus carpas en la orilla del Estrecho y cuyas tiendas se veían custodiadas por hombres con el fusil al hombro. Un soplo, mezcla de expectación y de ironía, corrió como un estremecimiento entre los espectadores. ¿Qué significaba todo ese aparato? ¿De quién y contra quiénes iban a defenderse? Los chilotes que observaban mezclados a la muchedumbre sonreían con su risa cазurra. No se necesitaban tantas armas para ir al interior de la Tierra del Fuego. Popper debió advertir con su fina mirada de observador el efecto que su expedición provocó en los habitantes del puerto chileno. Pero él quería impresionar, aparte de que tal vez creía que los indios del interior de la Isla Grande debían ser, sin duda, seres peligrosísimos, a los cuales era necesario amedrentar, y, si el caso llegaba, matar sin piedad.

Desde Bahía Porvenir, al otro lado del Estrecho y a donde Popper se tras'adó con sus veinte hombres armados, comenzó su terrible expedición al interior de la Tierra del

Fuego. Nunca, antes, ningún blanco había recorrido los lugares que aplastó con su bota el rumano temerario. Meses más tarde, él comunicó, en una interesan se conferencia dada en el Instituto Geográfico Argentino y publicada en el Boletín de esa institución en 1887, las aventuras que padeció y los descubrimientos que realizó a lo largo de aquellas espantosas soledades. Existe además un croquis del País de los Onas, explorado por la expedición Popper, que se encuentra incluído en uno de los boletines del Instituto Geográfico. El mapa tiene trazado el itinerario del ingeniero rumano desde Puerto Porvenir a Bahía San Sebastián.

Popper atravesó la Isla Grande en medio de penosas e inconcebibles contrariedades. Sólo un espíritu como el suyo, de un temple de acero, pudo realizar esa expedición en aquellos años. Su relato, no obstante estar escrito con una curiosa serenidad, es patético y revela la pasta de escritor hecho y derecho que había en él. Debemos imaginar el éxito que obtuvo con estas conferencias, a las cuales, según informa la prensa de ese tiem-

po, acudió gran cantidad de personas. Popper relató sus peripecias y mostró en una exhibición pública todo lo que había traído desde las ignotas tierras fueguinas.

El bosque fueguino

«Al bajar la falda austral de la Sierra Balmaceda —escribe Popper— una nueva dificultad se presenta a nuestro paso. Encontramos una extensión densamente cubierta de arbustos. A cada instante la vegetación se mostraba más y más exuberante, aumentando la altura y densidad hasta que llegó a impedir definitivamente todo movimiento de nuestra parte. A nuestro frente el bosque no ofrecía más que una muralla sólida, sin pasos, sin ningún género de salida o abertura, que nos rodeaba por todos lados, de suerte que, por momentos, no podíamos ni adelantar ni retroceder. Era una selva tenebrosa, sombría; y el suelo aparecía cubierto de troncos desarraigados y de una masa vegetal húmeda, descompuesta e inconsistente».

Popper y sus hombres lucharon durante

dos días contra los obstáculos casi invencibles opuestos por la selva.

El explorador sintió sin duda, el silencio extraño de ese pequeño mundo misterioso, aunque no lo describió, porque no estaba para eso su ánimo, ni era ese su propósito. Son otros viajeros los que han narrado la sensación impresionante que infunden en el ánimo los bosques fueguinos, especialmente en el amanecer. Mientras que en todas partes el despertar de la naturaleza se acompaña de los más diversos ruidos, y toda la inmensa masa parece trizarse en pequeñas fisuras luminosas y en finas e infinitas voces alegres, en los bosques fueguinos no se percibe ni el canto de un ave, ni el sonido de un insecto y durante la noche apenas si ha estremecido el hondo silencio el aullido de un zorro o el grito ronco de un guanaco.

«Lo que contribuye a aumentar esta impresión de tristeza—escribía el naturalista Lahille, que estudió la flora magallánica más o menos por los mismos años en que Popper recorría esas regiones—no son sólo los cielos grises, las neblinas y los temporales frecuen-

tes; es más que nada el aspecto de los bosques. Por todas partes es una aglomeración de troncos nuevos y antiguos, en donde los pies se entierran y es casi imposible avanzar. La marcha es penosísima y las sinuosidades que hay que atravesar continuamente desvían al viajero de su ruta y le llevan a extraviarse tanto más fácilmente cuanto que no hay senderos trazados y faltan el horizonte y los puntos de referencia. El único compañero que el hombre encuentra en estas soledades inmensas es un gentil trepador que responde siempre a nuestro llamado y que, muy familiar, viene en bandadas a nuestros campamentos, a algunos centímetros de distancia a cantar su pequeña y suave canción...

Cuando se encuentra un espacio algo despejado, prosigue en sus observaciones el naturalista aludido, es que hay un depósito de *turba* (carbón), que se va extendiendo poco a poco, comiéndose el bosque. Algunos árboles muertos, desprovistos de su corteza y de casi todas sus ramas, se yerguen en medio de él, y vistos a distancia, a través de los maticos de verdura, semejan inmensas manchas

grises. Cuando el bosque ha desaparecido ya no retoña más y sus árboles están muertos para siempre. No mueren por viejos, pues la mayor parte son árboles jóvenes; mueren por el empobrecimiento del suelo que ningún cuidado o trabajo defiende...

La soledad yerma

Cuando Popper sale del bosque, o mejor, cuando se desprende de su silencio sepulcral, encuentra, al cabo de un día de marcha penosa por terrenos pantanosos, una tierra yerma. Va en demanda de la bahía de San Sebastián. «Esta sabana de tierra plomiza — escribe Popper — está minada por el *ctenomy*s, un roedor al cual en la República Argentina se le llama *tucu-tucu* y en Chile *cururu*. En este terreno se hacía extremadamente difícil el tránsito de los animales cargados, pues en ocasiones los caballos se hundían hasta el vientre en los huecos y pequeñas cuevas de que está sembrada esa zona. Inútil era buscar un trozo de tierra resistente, perdonado por la tarea del curioso *tucu-tucu*.

«En cuanto abarca la vista no se distingue otra cosa que una pampa de aspecto desolador; el escaso pasto que la cubre concurre con su color gris-amarillento, a imprimirle un sello de singular melancolía. Ni un solo guanaco ni un zorro siquiera para animar el paisaje, únicamente la antipática lechuza, que nos mira con enojo a un metro de distancia y que luego se eleva, revoloteando en torno nuestro, para aturdirnos con su grito agudo, cual si quisiera protestar contra la presencia de nuestras cabalgaduras. De improviso se opera un cambio en el paisaje, pues nos encontramos frente a una de aquellas cañadas que sólo se ven a una o dos cuabras de distancia. El pasto reverdece y las aguas cristalinas del río que corta el terreno están pobladas de innumerables aves acuáticas: patos, flamencos y bandurrias. A poco trecho un zorro se desliza entre el alto pasto y se para a corta distancia, ojeándonos curiosamente; y más allá un guanaco que intenta ganar la primera altura para saludarnos con su relincho característico, con ese relincho que a veces se parece a la risa humana».

Estas pinceladas de Popper son las de un escritor que observa con admirable precisión el paisaje que le rodea. Su relato está lleno de estas viñetas que, por supuesto, no hacen pensar en que el autor se ha batido con terrible energía contra los hombres y contra la naturaleza.

No es siempre fácil encontrar entre los exploradores o colonizadores de las regiones magallánicas hombres que, como Popper, describan sus propias impresiones y dejen el testimonio de sus aventuras por las regiones que cruzaron. Popper fué no sólo un descubridor de mantos auríferos de incalculable importancia, sino además un curioso hombre de ciencia, puesto que sus conferencias revelan la sabiduría de que estaba provisto. Pero también fué un hombre implacable. Participaba lo mismo del explorador que del aventurero, y parece que tuvo a raya a quienes intentaron acercarse a sus dominios de San Sebastián, en donde había instalado las plantas beneficiadoras de arenas auríferas.

En verdad, cuando se supo en Punta Arenas que el rumano, a quien tildaban de ex-

céntrico, había descubierto ingentes yacimientos de oro, fueron innumerables los que se dirigieron, sorteando los más grandes peligros hacia aquel paraje.

Popper no se inmutó cuando los vió acercarse. Discurrió un sistema que debía darle muy buenos resultados. Hizo construir unos monos de paja y los vistió con vistosos uniformes militares. Luego los colocó a lomos de los caballos y los distribuyó estratégicamente por el páramo. A la distancia daban la impresión de pertenecer a fuerzas militares numerosas. Popper evitó así tener que batirse a tiros contra los invasores de su ínsula. Pero fué inútil, porque aquella estratagema, descubierta al fin, fué burlada por los que acudían en demanda de riquezas en los lavaderos descubiertos.

Se ha dicho que Popper no tuvo compasión con los trabajadores oscuros que acudían a sus dominios y con los indios onas, con los cuales tuvo varios encuentros mientras cruzaba las extensiones desoladas de la Tierra del Fuego. El mismo ha narrado su encuentro con los onas en alguna página sabro-

sa y pintoresca de sus conferencias. Los analizó con minuciosa escrupulosidad, demostrando cuán aguda era su pupila de observador.

El final de Popper

Popper es una de las imágenes del colonizador, pero él no fué en realidad un colonizador. Fundó establecimientos de minería, recorrió todas las regiones que pudo, hizo descubrimientos valiosos de mantos auríferos nuevos, en bahía Sloget, en Pictón, Navarino y otras islas del archipiélago austral, al sur del canal de Beagle, y por último regresó a Buenos Aires. La vida de Popper en la capital argentina es un misterio, porque no se sabe con seguridad cuáles fueron sus actividades. Tenía relaciones múltiples, era dispendioso y sabía manejar su humanidad atrayente entre elementos sociales de alta alcurnia. Los que le conocieron de cerca dicen de él que fué un aventurero. Nada quedó al parecer, de su fortuna. Los lavaderos de oro, por otra parte, no constituían una riqueza de tipo perdurable en la región. Se

agotaron pronto y los descalabros que padecieron muchos, como la rapidez con que otros derrochaban el fruto de sus largos y penosos sacrificios en los trabajos, fruto que costaba mucho recuperar, fueron factores que contribuyeron a desviar la corriente humana hacia otras actividades.

El hecho de haber soportado Popper durante tantos meses el clima terrible del Páramo y la violencia de las ventiscas y tempestades de la Tierra del Fuego, son muestras de un temperamento de sólida potencia viril. Más tarde arrostró también la ira de sus expedicionarios y, en verdad, se batió con los indios, a los cuales liquidó con su Winchester cada vez que pudo.

Una mañana le encontraron muerto en su pieza del hotel que ocupaba en Buenos Aires. Estaba a medio vestir, tendido en el suelo, sobre una piel de guanaco. La cama estaba abierta y no había sido ocupada. Aquella piel la había llevado de las regiones que él explorara, atraído como se sentía siempre por la vida de la naturaleza. Popper era un poeta y un visionario, encajado en un hom-

bre de acción. El símbolo de su muerte no preocupó a nadie, sino a algunos pocos de sus íntimos. Creyeron que había muerto de mala manera a caso, para robarle sus riquezas, y le hicieron hacer una autopsia. Nada. El corazón había estallado en la ciudad, por incapacidad de acomodarse lejos de las regiones solitarias que él había dominado con su presencia, y en las cuales se sentía tan a su gusto. Terminó allí la existencia accidentada y aventurera de uno de los hombres más extraordinarios que han pasado por las regiones australes, en los días en que los descubrimientos de los placeres auríferos llevaron a inmensas cantidades de hombres de todas partes, ávidos de enriquecerse. Algunos pudieron acumular ingentes ganancias. Otros murieron en las soledades de los campos, y muchos más regresaron a las ciudades de donde habían salido, tan pobres como antes. Los que permanecieron en la región variaron, como era natural, el curso de sus negocios. El oro traicionero se hurtaba a la vista y se escondía bajo el movable ondular del agua de los riachos fueguinos. Había comenzado,

por lo demás, otra actividad y muy diversos elementos humanos acudían ahora para participar en la explotación de la nueva riqueza. La ganadería comenzaba su formidable crecimiento y de ella iba a brotar el gran caudal de la fortuna austral...

Los indios onas

El problema del habitante en la Tierra del Fuego siempre ha tenido características dolorosas. El blanco que acudió a colonizar hubo de extirpar también al nativo que poblaba esas soledades y de las cuales era el dueño y señor absoluto. Popper se batió con los indios y los venció sin gloria alguna de su parte, puesto que los onas no poseían otras armas que sus arcos y flechas. Con ellas era imposible presentar resistencia a las balas certeras de los fusiles. En verdad, la civilización nada hizo por asimilar a su cultura a esos indios pacíficos y benévolos de la Tierra del Fuego. El fueguino no tuvo el espíritu indomable del araucano, que opuso resistencia desesperada a todo invasor. No era

raza guerrera, sino una tribu pacífica que vivía de la caza. La astucia y la ferocidad de los onas se despertaban solo con el hambre. Cuando sentía la mordedura en su estómago echábase a buscar por la extensión la carne del guanaco. Pero también este animal había sido alejado o exterminado por el blanco, que lo cazaba en grandes cantidades. El indio desesperado se volvía contra los que él llamaba «guanacos blancos», o sea, las ovcjas que ya comenzaban a poblar las grandes estancias concedidas a los extranjeros.

Es necesario comprender o hacer un esfuerzo para penetrar, a tanta distancia, en la lucha apretada y dura que significó la retirada y exterminio del indio ona de sus dominios seculares. En esas latitudes no había otra alimentación que la carne. El bosque, como ya se ha visto, no daba frutos y la agricultura era una actividad inexistente en la región. Sin embargo, el blanco civilizador, en lugar de interesar al indio en otras actividades, en lugar de darle otros bienes, si no iguales a los que le había quitado por lo menos compensadores en parte, le persiguió

como a las fieras. No había pasta de fieras en esos pobres indios, sino simplemente la violenta reacción natural en quienes se sienten despojados de una tierra que les perteneció durante siglos y sobre la cual habían vivido sus antepasados, y ellos habían podido libremente recorrerla para buscar su alimento y prolongar sus costumbres pacíficas.

Tenían pues los títulos que se adquieren no en los estrados, o en las oficinas administrativas, después de largas esperas o de concesiones a veces poco limpias, sino los que provienen de la connaturalización e identificación del hombre con la tierra en un contacto y un sufrimiento de siglos.

Los onas constituían una raza de seres corpulentos, de anchas espaldas, de miembros proporcionados. Los que los vieron hace años, en las primeras exploraciones, dejaron testimonios escritos, elocuentes, de sus impresiones. Los onas no conocieron el uso de la canoa, como los alacalufes, razón por la que el desarrollo de sus miembros se hizo en forma mucho más armoniosa. Del alacalufe hemos dicho ya que son deformes, ven-

trudos y de piernas cortas, a causa del género de vida que han debido llevar, sentados la mayor parte del día en las canoas. Los onas erraban por las tierras solitarias, atravesaban los bosques, cruzaban los cañadones en busca del alimento, que consistía en la carne del guanaco y también de cururo. Popper que fué un observador agudo y estudió un día las huellas dejadas por un onas sobre el suelo por donde huía, cuenta que midió el espacio entre una y otra, comprobando que había un metro noventa centímetros entre ambas. Las mujeres onas eran particularmente esbeltas, de fisonomía agradable, de lindos dientes blancos y parejos, y por supuesto distintas en todo a las mujeres alacalufes. Constituían una raza fuerte, bien dotada y sobre todo muy pura. Los onas permanecieron sin mezclarse con las tribus debilitadas que merodeaban por los mismos lugares.

Hombres y mujeres andaban casi desnudos y sólo se cubrían las espaldas y los hombros con pieles de guanaco. Los hombres ceñían su frente, en ocasiones, con una faja de

cuero en la que prendían algunas plumas. Las mujeres usaban collares y brazaletes hechos de trozos de tibias de canquenes y otras aves. Estas cuentas las ensartaban con tendones de guanaco y de zorro. Un detalle curioso en las mujeres: nunca les faltaba una pequeña bolsa de cuero en la que llevaban como las civilizadas de hoy o de todos los tiempos, una porción de tierra roja, con la cual hacían una pasta como betún y se teñían con ella el rostro y las piernas.

Los onas tenían un profundo sentido de la vida familiar. Las mujeres adoraban a sus maridos e hijos y vivían pendientes de ellos.

Todas estas tribus fueron, sin embargo, exterminadas en el avance sistemático de la civilización blanca hacia el interior de la Tierra del Fuego. Hemos expresado ya que el ona consideraba todo lo que existía sobre la tierra que recorría, de su exclusiva pertenencia y así tomaban las ovejas de las estancias sin comprender que se trataba de un robo. El robo no tenía para los onas explicación razonada. No conocían o no le atribuían el significado de los blancos. No lo

consideraban un delito y no entendían, por lo tanto, que pudiera ser castigado el acto de recobrar lo que se movía sobre el suelo propio y servía para alimentarse.

Martín Gusinde, hombre de ciencia muy conocido, que hizo una exploración de un extraordinario interés en 1918 y cuya memoria llena de datos magníficos y sorprendentes acerca de la Tierra del Fuego y los onas, puede consultarse en la revista «Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología», escribía refiriéndose a los indios onas: «De mi parte habría sido ilusión suponer que yo alcanzaría todavía a verlos y a estudiarlos en su ingenuidad primitiva, como eran mis vehementes deseos de investigador. Sólo cinco mujeres y un matrimonio sin hijos, todos de edad ya avanzada, son los únicos sobrevivientes que me han relatado el movimiento de vida que hubo aquí en épocas pasadas. ¿Y en donde están los muchos otros? ¡Ah! éstos que quedan hoy día y que presenciaron la desaparición y el exterminio de la numerosa población que constituían los suyos y que todavía parecen llevar reflejada

en sus ojos, próximos al llanto, la inmensa amargura de su destino fatal, como única respuesta me señalaron el cementerio que guarda aquellos despojos. Quedeme meditando, apoyado sobre el pequeño cerco que lo circunda, y sobre el cual algunos líquenes grises, que parecen más compasivos que los hombres, tratan de hermosear, piadosamente, el recinto que encierra tanta tristeza».

Así, cuando los onas rompían las alambradas que la penetración blanca había colocado para subdividir la tierra de los fueguinos, y arreaban piños de ovejas y luego los llevaban a los parajes más lejanos, a fin de que les sirvieran de alimento, no comprendían la ira de los colonizadores blancos ni podían explicarse por qué éstos los perseguían y aun mataban a los padres y hermanos.

El error del blanco consistió, en gran parte, en esta brutalidad para tratar a una tribu que había vivido siglos sobre la tierra que ahora se llenaba con los signos de la civilización. Quitó la tierra a sus poseedores legítimos, les quitó además la alimenta-

ción, y lo mismo que en el caso de los alacalufes con las nutrias, compitió con el ona en la caza de los animales, cuyas pieles vendía también en los mercados del mundo. Los mineros, por ejemplo, se condujeron con fría brutalidad, arrebatándoles las mujeres y los hijos. Popper y los hombres que le acompañaron dieron cuenta con sus Winchester de muchos onas, a los cuales mataron porque se acercaban a los campamentos a robar ovejas.

«La adquisición por fuerza—explica Gussinde en la memoria citada—y el robo del terreno, invadido y ocupado por los civilizados, quitó a los indios todo medio de subsistencia. He aquí el factor poderoso que diezmaba los campamentos de los indígenas y que corroía la fibra vital de la robustísima raza ona. El indio indefenso y tímido fué lanzado de su tierra, sobre la cual tenía los títulos legítimos desde antaño por la sola ocupación nunca disputada. Y si el pobre lanzado huía refugiándose a otra parte, allí le esperaba la muerte segura por la bala de los blancos. A tan bajo nivel llegó la codicia y la inhumanidad del hombre civilizado,

que las cabezas de los indios constituían muy a menudo para él un artículo de comercio, pues el ladino comerciante pagaba al asesino una libra esterlina y él vendía después el cráneo al Museo de Londres por cuatro libras... Espléndida ganancia en números redondos... ».

La puntería del blanco

A veces, cuando los buscadores de oro o los cazadores de lobos regresaban de las expediciones por las islas más australes, solían verse grupos de indios en las costas que se acercaban a curiosear mientras la pequeña embarcación se alejaba de aquellos lugares con su cargamento de oro o de pieles. Los indios hacían señas desde la ribera. Los blancos, apoyados en la borda o en los barriles de provisiones, levantaban fríamente sus rifles y apuntaban a los pobres indios. Sonaban disparos sucesivos. En la orilla iban cayendo uno, dos, hasta tres de esos infelices. Los restantes huían dando gritos lamentables...

Era natural que se encendiera en ellos

la desconfianza fiera contra el blanco. A medida que circulaba por la isla la noticia de la crueldad, era mayor el odio que brotaba de esos corazones oscuros y condenados desde ya a la liquidación. El blanco no comprendió hasta qué punto era necesario conservar no ya la vida, que eso era al fin lo humano, sino la confianza de esos elementos nativos, cuya resistencia y cuya energía ellos conocían de sobra. La penetración de la civilización en las regiones insondables o misteriosas de un territorio no se hace sino a punta de asesinatos y de violaciones estúpidas. No hay sino recordar los episodios brutales y salvajes de la colonización en Africa, especialmente en las regiones del sur. Pocas veces el blanco ha querido emplear otros sistemas para reducir a los que estimaba como «bestias nativas»... El ona era un ser tranquilo, benévolo. Sin embargo, no pudo sobrevivir a la furia de los civilizados. No se les enseñó a trabajar sino en las misiones salesianas y con un sistema, que por lo incompleto, dió muy poco provecho. A nadie se ha culpado particularmente de estas

depredaciones. La leyenda señaló nombres de estancieros ingleses que se habían sacrificado durante muchos años en las regiones, en la industria lanar, signándolos como cazadores de indios. Pero ello era injusto. Hubo algunos, indudablemente, que emplearon ese brutal sistema, pero muchos otros no. Los cazadores de lobos o los mineros se entretenían a veces, como ya hemos visto, sin que nadie supiera, puesto que aquello se realizaba en las soledades espantables del interior o de las costas, apuntando sobre los indios que no tenían más arma que sus flechas. Para esos blancos, los pobres nativos eran simples guanacos.

Por las noches, pasado ya el tiempo, en los figones o en las tabernas de que estaba lleno Punta Arenas, se referían en medio de la borrachera las hazañas de los oscuros y siniestros cazadores de indios. Pero no como confesiones temerosas, sino como jactancia de aventureros que espantaban la soledad y el miedo matando indios indefensos... A nadie de los oyentes se le hubiera podido pasar por la mente que se trataba de un cri-

men y que su autor debería ser castigado por la justicia. Habría sido esto algo inusitado.

Ya hemos dicho que esa región de espanto y de soledad no podía imprimir sino un ritmo de tragedia a todo cuanto se realizara bajo su imperio incontrolable. El estanciero, el colonizador, tanto como el cazador de lobos o el buscador de oro, estaban sometidos a la misma ley brutal de la lucha sin cuartel. La prostituta que había llegado de Buenos Aires o de Montevideo a tentar fortuna, sabía de sobra que ella podía ser la guardadora de un secreto terrible y al mismo tiempo la dueña de una gran fortuna. Sabía, además, que muchos de esos hombres que acudían por las noches, en secreto, a buscar un poco de tibieza, mentida o sincera, eran autores de espantosos dramas ocurridos en la soledad de las estepas. Pero el punto en boca era la consigna.

La ciudad los envolvía a todos en el sortilegio de su crecimiento. Desde 1890 a 1910 había corrido un trecho inmenso de tiempo. La ciudad había cambiado enteramente. Ya no transitaban por las aceras esos

hombres de rostros curtidos, trajeados como cazadores, con sus largas botas de cuero. Se podía atravesar la calzada sin necesidad de saltar sobre profundos baches de lodo. Las casas de madera habían sido sustituidas por casas de ladrillos. Los edificios fiscales mostraban en su relativa opulencia una autoridad que ya no era como antes una simple expresión jurídica. Había grandes almacenes, grandes tiendas. Un comercio riquísimo, un movimiento intenso de mercaderías. El puerto se veía lleno de barcos y de banderas de todas las naciones del mundo. Se podía tener la seguridad de encontrar interiores de casas, admirables de comodidad y de lujo. Ya era la ciudad de los grandes millonarios, la ciudad que asilaba a los más extraordinarios hombres de fortuna. Sandy Point había dejado atrás el oscuro terror y había crecido con rapidez sin que importara averiguar cómo se había formado el núcleo de sus familias más poderosas. Si habían pasado cuarenta años desde que un gobernador previsor había traído desde las islas Malvinas a una estancia magallánica el

primer piño de ovejas, existían ahora millones de cabezas en todas las estancias de Gente Grande, en Bahía Inútil, en Isla Dawson, en Península de Bruswink. Los primeros colonizadores con títulos provisorios de tierras, eran ahora poseedores de centenares de miles de hectáreas.

Como siempre, gobiernos imprevisores habían entregado la tierra a pocas manos, laboriosas sin duda, esforzadas y tenaces, pero que no representaban en ningún caso el espíritu chileno. El espíritu chileno, se apocaba en la lucha. Era incapaz de enfrentarse con esta fuerza sutil y resistente del extranjero, que no sólo era implacable para el trabajo sino que hacía brotar el oro en donde menos se esperaba. La mayor parte de las tierras magallánicas fueron entregadas a sociedades anónimas y el suelo lo ocuparon las compañías explotadoras cuyas oficinas centrales estaban en Londres o en otras capitales europeas.

Si se hubiera seguido una política de división de la tierra conforme al precepto de que ella es una función social, se habría fo-

mentado no sólo la población del territorio sino que se habría multiplicado la riqueza y se habrían establecido con títulos definitivos a muchos pequeños capitalistas, que fueron eliminados poco a poco a medida que los poderosos estancieros, ya enriquecidos, adquirirían las tierras en los remates ordenados por los Gobiernos. El gran auge de la producción lanar y de carnes congeladas, fué aprovechado cuando había pocos mercados iguales en el mundo y cuando los precios estaban por encima de las mejores expectativas. Magallanes surtía a Europa, especialmente a Inglaterra y los barcos mercantes que arribaban a Punta Arenas desde los puertos británicos, volvían con sus grandes cargamentos de lana y carne, sin que Chile aprovechara sino escasamente en comparación de las colosales riquezas que se exportaban todos los años. La ciudad tenía un extraordinario comercio de mercaderías importadas. Pero ocurría que los géneros de lana no podía usarlos el pueblo porque eran muy costosos en su adquisición. Con lo cual la ironía se hacía casi sangrienta...

El crecimiento de Punta Arenas fué sencillamente fabuloso si se le compara con el de cualquiera otra ciudad chilena. Ella pudo ser con justicia denominada por los extranjeros que pasaban por el Estrecho «la perla de Magallanes». Indudablemente pocas cosas hay comparables al encuentro de esa ciudad cuando se va de las regiones atlánticas, desoladas en sus costas del sur o desde el mar interior de los archipiélagos patagónicos. Sorprende su presencia luminosa, su edificación moderna, sus perspectivas admirables en la lejanía. Una vez en el interior se advierte, de inmediato, la limpieza de sus calles y la modernización de sus construcciones.

Pero palpita ahí el soplo inerte de la tragedia y de la injusticia. Fueron innumerables los potentados que se formaron allí a la sombra de sus vastas y ricas empresas. Hubo loberos que después fueron multimillonarios. Pastores que adquirieron grandes estancias. Comerciantes que perdieron toda su fortuna y comenzaron de nuevo la repechada hacia el éxito sin lograrlo nunca más

en la medida primitiva. Y sin embargo, allí donde danzaron y aun danzan tantos millones, el hospital es una ruina y no ha sido posible construir uno moderno...

Los millonarios londinenses recibían, sin moverse de la City, el cuantioso fruto que les enviaban las lejanas explotaciones de la industria lanar. Mientras los pastores, esquiladores y demás gentes de las regiones magallánicas apenas tenían con qué cubrirse sus carnes, ellos, como el mandarín chino, no tenían más que dar una orden para obtener todo lo que deseaban.

No hay en Punta Arenas sino algunas tumbas en el cementerio que recuerdan el paso de algunos ciudadanos ingleses. No existe nada en la ciudad, en alguna obra pública, en algún legado para el pueblo, o en un teatro, o un estadio, que señale la generosidad de quienes obtuvieron riquezas fabulosas en el comercio de lanas de la región. Algunas hijas de ingleses que concebían sus hijos en las estancias, iban, en cambio, a dar a luz en Puerto Stanley, en las islas Malvinas, bajo el pabellón británico... Los

pobres nativos no tendrían nunca la gracia de poseer la misma matrícula de nacimiento que el de los hijos de los orgullosos ciudadanos de Albión. Y así rueda la historia en la lejana ciudad del Estrecho.

Punta Arenas vió llegar a sus calles apenas trazadas, mercaderes extranjeros cuya matrícula, por así decirlo, no existía en parte alguna del globo. Pero también junto con ellos, arribaron los elementos sanos y dispuestos al trabajo tenaz y persistente. Fueron éstos los que fomentaron las grandes explotaciones y acumularon las grandes riquezas que hoy subsisten y que forman la base de fortunas colosales, ganadas en muchos casos con sacrificios inenarrables. El criollo desprecia o finge despreciar a estos hombres. Pero es que el criollo no fué capaz, en primer término, de competir con el extranjero, más cauteloso, más tenaz, más constante en el sacrificio y dejó perderse oportunidades magníficas de triunfo, y luego porque los gobiernos, favorecieron casi siempre a los ciudadanos extranjeros, con más largueza en las concesiones que a los connacionales. Desde

luego, toda la gran masa de tierra entregada a la explotación de la ganadería fué adjudicada a los estancieros de otras naciones.

Los temas literarios

El hombre, más que la naturaleza es historia, aseguraba Goethe. En las regiones patagónicas, esta verdad es esencialmente vital. Todo es en Magallanes historia del hombre, y siendo aquella una región hostil y dura para la continuidad del esfuerzo, es al propio tiempo, la que más hondamente tiene grabada el signo trágico de la huella del hombre en su penoso afán de aventura y de riqueza. El pastor, el cazador de ballenas, el lobero y el buscador de oro, constituyen en sí mismos y por sí mismos, impresionantes documentos de esa realidad que en Patagonia se busca, indefinidamente.

Los hombres de tierra caliente no conocen la dramática grandeza de esas regiones, pero conocen sus leyendas. Y estas leyendas no son, precisamente, las que se vierten desde el fondo del folklore, sino las que han venido

entregando verbalmente, sus misterios desde el instante en que llegaron a la Patagonia los primeros colonizadores. La literatura chilena no tiene sino escasa documentación humana sobre aquellas vidas de aventureros. Posee pocas páginas que acreditan el esfuerzo de los llamados «pioneers» de la vida esteparia de Tierra del Fuego. Son dignos de especial mención los libros de Armando Braun y la novela *Paralelo 53 Sur*, de Juan Marín. La documentación existe perdida, así como está en trance de desaparecer todo lo que el hombre realizó en la etapa primitiva, al batirse contra el clima inclemente y contra la soledad inmensa de la llanura. Se oyen contar historias que parecen inverosímiles; se narran dramas de la lucha del blanco con el indio, que se diría arrancados a la historia de los colonizadores de Alaska o Africa del Sur, o de las inmensas extensiones del Far West. Pero en verdad, nada hay que resuma ese heroico combate contra la naturaleza o contra otros hombres.

Más que la naturaleza, pues, es el hom-

bre lo que impone en la vida magallánica su impresionante energía. La vida de un colonizador, pongamos por caso, daría el material más hermoso para un novelista, porque le permitiría trazar la vida entera de la región con sus penurias, dolores, quebrantos y victorias. Igualmente la decoración de los dramas está allí viva, en el silencio de sus estepas, en la turbadora belleza de sus canales y de sus glaciares, en la infinita soledad de sus grandes montañas heladas. El combate humano por la propia felicidad o por el egoísmo de poseer la riqueza, constituyen episodios de alta tensión dramática. En Magallanes más que en parte alguna este combate fué rudo, violento y trágico. Punta Arenas está exornado por la tragedia de sus fundaciones y por la furia de sus revueltas reivindicatorias. Hasta hoy nadie, salvo Vicuña Mackenna, ha recogido en una novela la historia sombría de Cambiaso. Cuando se fundó el Fuerte Bulnes con la colonia penal, no se creyó que el drama acechaba allí con la furia vandálica con que se desencadenó meses más tarde. Port Famine, el Puerto del

Hambre, estaba a pocos kilómetros de la colonia penal, y allí había ocurrido siglos atrás, otra de las más crueles y sombrías tragedias de aquellas regiones en el primer intento de colonización. Los colonos dejados por Sarmiento de Gamboa, el explorador español, en 1567, murieron de hambre en medio de horribles torturas. Los sobrevivientes, doce o quince, que encontró el corsario inglés Cavendhis fueron abandonados a su suerte. El corsario, en lugar de recogerlos a bordo de sus naves, los dejó allí botados sobre la tierra, trazando con su gesto el primer signo sombrío del egoísmo británico. Catorce bocas eran muchas para sus naves y además los «perros españoles» bien merecían su suerte... Esta tragedia, la primera y más brutal de aquellas soledades, inició el extraño sino de la región. Parecía ése ser el comienzo de una serie de espantos humanos. Pero, en verdad, la naturaleza del hombre debía demostrar con los años que nada había superior a su energía y a su voluntad de triunfo.

Después de Cambiaso se produjo en Punta Arenas el motín de los artilleros. Otra ráfaga huracanada de muertes y asesinatos. Luego, en tiempos más cercanos a nosotros, el incendio de la Federación Obrera. Los fantasmas que vagaban en las regiones desoladas de la Patagonia, volvían a tomar formas humanas para arremeter contra sus semejantes. Punta Arenas en el extremo más austral, lejos de toda comunicación, abandonada a su destino, sentía palpar la arrogancia sanguiñaria de los penados y cazadores que allí tenían su guarida.

Sobre ese medio de negación de la tranquilidad y de absoluta y definitiva soledad, cayó el grupo de los colonizadores extranjeros. Naturalmente debía producirse, como en efecto ocurrió, la nueva tragedia. El hombre que cruza un mar para ir a buscar su fortuna o su muerte a una región que sabe, de antemano, cruzada por presagios y zozobras de todo orden, no lleva sino una voluntad de acero, unos nervios firmes y resistentes, un corazón sólidamente plantado sobre los

riñones. Sabe que deberá luchar sin descanso, desde la mañana a la noche y muchas noches quizá, deberá velar con el arma al brazo para defender su vida y la de los suyos. Está rodeado de peligros, de voces agoreras, de sospechas y de terrores. El clima áspero y rudo endurece a medida de los días, el corazón, lo hace impermeable a los razonamientos que no sean confirmaciones o justificaciones de su teoría personal. Una vacilación o una debilidad pueden serle fatales y así como la nieve o el viento desesperado de esas regiones pueden engañar a los más astutos de los baqueanos, fingiéndoles un derrotero distinto del que buscan, también para esos hombres de voluntad indomable, una duda sobre lo que deben hacer, puede significarles su definitiva derrota.

La civilización parece no conferir títulos, sino a los que saben conquistar la tierra por los medios que son habituales entre hombres civilizados. Los misioneros salesianos que poblaron esas soledades y tomaron contacto con los primitivos pobladores de color, han dejado algunos de ellos, testimonios elocuentes de esa

penetración implacable del blanco colonizador. Pero sean cuales fueren las circunstancias que movieron a esos colonizadores a cometer actos de barbarie, un historiador de aquellas costumbres y escenas, no podrá olvidar que el heroísmo participó en ambos elementos con extraordinaria potencia humana. Hay colonizadores que trazaron palpitantes epopeyas de valor y de temeridad. Se batieron en medio de una atmósfera hostil y desesperada, y empujados por la ambición o por el deseo de labrarse una fortuna, en el fondo de aquellas espantables soledades, sintieron crecer en sí mismos una naturaleza de la cual no se sentían dueños antes de dar el salto y que se mostraba poderosa y dominadora a medida que corrían los días.

Ya hemos expresado que el chileno se dejó vencer por la perseverancia de los potentados extranjeros. Siendo hombre de una extraordinaria energía física, audaz y valiente en la aventura temeraria de la cacería de lobos y en las faenas de la navegación y de los lavaderos, explorador y pastor, careció

de constancia para el esfuerzo continuado que supone el manejo de una vasta empresa. Prefería derrochar el fruto de sus sacrificios, en lugar de ahorrar, como hacía el extranjero pobre que llegaba a las tierras magallánicas. Sin embargo, es necesario considerar que nada podía realizarse en aquellos parajes si no se aliaban el empuje decidido y los créditos poderosos que permiten fundar grandes establecimientos frigoríficos y acumular en una mano o en un consorcio, centenares de miles de hectáreas de terreno. Un chileno pobre estaba condenado a quedar siempre a la retaguardia o ser el empleado de aquellos millonarios que se formaron, muchos de ellos, desde los puestos más modestos.

La fisonomía misma de la ciudad, formada socialmente en el aluvión de las inmigraciones sucesivas de extranjeros, fué otro obstáculo que contrarió siempre la ambición del chileno. El extranjero tenía una sola consigna: hacer fortuna a costa de los mayores sacrificios personales. Las primeras colonizaciones en las cercanías de Punta Arenas, tuvieron un final trágico. Pero los sobrevi-

vientes no se amedrentaron por ello. Ni los motines y levantamientos, ni las inclemencias del clima, ni los incendios de bosques en medio de los cuales se convertían en cenizas todos los ahorros, fueron obstáculos para que esos colonizadores desistieran de perseverar en la formación de la riqueza. Por estas razones el pasado de Punta Arenas, y no un pasado muy lejano, está lleno de dramas, de episodios de gran dimensión humana. Dramas de agonía y de rebelión, de constancia irreductible, de esfuerzo silencioso y paciente, de amor a las virtudes fundamentales de la familia, de desesperación ante la brutalidad del hombre o de la naturaleza. Esto es lo que falta por hacer y lo que, indudablemente, harán los que estudien ese pasado en la documentación de los archivos o de los propios sobrevivientes.

Existieron colonizadores rubios que emplearon el alcohol para reducir la energía de los nativos. Les dieron a beber el veneno que oxida y enflaquece el ánimo, y pudieron así dominarlos fácilmente. Degenerados por una bebida pésima, fueron per-

diendo su vigor hasta quedar convertidos en lamentables piltrafas humanas.

Pero en fin es preciso en todo caso proceder con cautela en el estudio de esos documentos que existen acerca de la colonización, o sea, de la lucha política librada en las regiones de la Patagonia, tanto por el lado chileno como por el lado argentino. Los cuadros y los dramas allí ocurridos, pueden dar una materia rica a quienes con un hondo sentido humano, quieran escribir sobre la tragedia de la colonización en el sur. Un corazón entero y una voluntad limpia de escorias, bastan para dar al narrador un material de primer orden. Las tierras australes tienen un perfil característico, modalidades y costumbres diversas de las nuestras. Y en realidad nada puede compararse a las bellezas de esas regiones. Una belleza huraña, a ratos sombría, en ciertos momentos tan limpia y transparente como la nieve de sus glaciares. El aire es liviano y diáfano. Las cumbres se perfilan, a ciertas horas del día, como trazadas por una mano delicada y fina. Todo emerge en la fuerza de los contrastes, y la

luz que se derrama, cambiante y movediza, forma en los picachos nevados, o en los témpanos, o en la llanura verde, una gradación asombrosa de matices que impresiona y sobrecoge.

INDICE

I PARTE

EL PAISAJE

	<u>Págs.</u>
Camino del archipiélago.....	9
El puño crispado de los cerros.....	17
Los témpanos.....	23
La noche en la soledad.....	26
El gozo de la luz.....	33
Alacalufes.....	38
El relato del comodoro Byron.....	43

II PARTE

LA LUCHA CON LA NATURALEZA

La tierra maldita.....	57
La ciudad en formación.....	63
El lobero y sus compañeros.....	68
La mezcla de razas.....	79

III PARTE

LA COLONIZACIÓN

Págs.

El rumano Popper	93
El bosque fueguino	98
La soledad yerma.....	101
El final de Popper.....	105
Los indios onas	108
La puntería del blanco.....	116
Los temas literarios.....	126
